

**UNIVERSIDAD CATÓLICA DE TRUJILLO
BENEDICTO XVI**

FACULTAD DE TEOLOGÍA

PROGRAMA DE ESTUDIOS DE TEOLOGÍA



MATRIMONIO SIGNO DEL AMOR DE DIOS

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO PROFESIONAL DE
LICENCIADO EN TEOLOGÍA**

AUTOR

Luis Alberto Valle Lozano

ASESOR

Dr. Marcoantonio Pacherras Torrejón

LÍNEA DE INVESTIGACIÓN

Pastoral

TRUJILLO – PERÚ

2022

AUTORIDADES UNIVERSITARIAS

Excmo. Mons. Dr. Héctor Miguel Cabrejos Vidarte, O.F.M.
Arzobispo Metropolitano de Trujillo
Fundador y Gran Canciller de la Universidad
Católica de Trujillo Benedicto XVI

Dr. Luis Orlando Miranda Díaz
Rector de la Universidad Católica de Trujillo Benedicto XVI

Dra. Silvia Ana Valverde Zavaleta
Vicerrectora Académica

Dr. Francisco Alejandro Espinoza Polo
Vicerrector de Investigación

Pbro. Mg. Adolfo Guevara Zagaceta
Decano Facultad de Teología

Dra. Teresa Sofía Reategui Marin
Secretaría General

CONFORMIDAD DE ASESOR

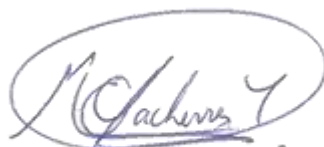
Yo, **MARCOANTONIO PACHERRES TORREJÓN** con DNI N° **18217475**, asesor del trabajo de Investigación de la Facultad de Teología:

“**MATRIMONIO SIGNO DEL AMOR DE DIOS**”, presentado por el seminarista **LUIS ALBERTO VALLE LOZANO**, con DNI N° 71495931 informo lo siguiente:

En cumplimiento de las normas establecidas en el Reglamento de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Trujillo Benedicto XVI, en mi calidad de asesor, me permito conceptuar que el trabajo de investigación de pregrado reúne los requisitos técnicos, metodológicos y científicos de investigación exigidos por la Facultad de Teología.

Por lo tanto, el presente trabajo de investigación está en condiciones para su presentación y defensa ante un jurado.

Trujillo, 19 de enero, del 2022



Asesor

DEDICATORIA

Este trabajo de investigación al culminar la teología, va dedicado a mi familia, especialmente a mis padres: Alberto Valle Pastor y Máxima Lozano Chiguala. También a mi asesor, el P. Marcoantonio Pacherras Torrejón por el apoyo incondicional en la elaboración del presente trabajo.

AGRADECIMIENTO

A Dios, por concederme la vida y haberme llamado a seguirlo en su camino y en esta su aventura. También a la Prelatura de Huamachuco, de manera especial a monseñor Pascual Benjamín Rivera Montoya por brindarme su apoyo incondicional y su ejemplo de buen pastor en mi vida de formación.

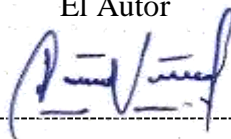
DECLARATORIA DE AUTENTICIDAD

Yo, **LUIS ALBERTO VALLE LOZANO** con DNI **71495931**, estudiante de la Facultad DE TEOLOGÍA y del Programa de Estudios PREGRADO de la Universidad Católica de Trujillo Benedicto XVI, doy fe que he seguido rigurosamente los procedimientos académicos y administrativos emanados por la citada Universidad para la elaboración y sustentación del trabajo de investigación titulado: “**MATRIMONIO SIGNO DEL AMOR DE DIOS**”, el que consta de un total de 75 páginas.

Dejo constancia de la originalidad y autenticidad de la mencionada investigación y declaro bajo juramento en razón a los requerimientos éticos, que el contenido de dicho documento, corresponde a mi autoría respecto a redacción, organización, metodología y diagramación. Asimismo, garantizo que los fundamentos teóricos están respaldados por el referencial bibliográfico, asumiendo un mínimo porcentaje de omisión involuntaria respecto al tratamiento de cita de autores, lo cual es de mi entera responsabilidad.

Se declara también que el porcentaje de similitud o coincidencia es de 18%, el cual es aceptado por la Universidad Católica de Trujillo.

El Autor



DNI 71495931

ÍNDICE

	Pág.
AUTORIDADES UNIVERSITARIAS	ii
CONFORMIDAD DE ASESOR	iii
DEDICATORIA	iv
AGRADECIMIENTO	v
DECLARATORIA DE AUTENTICIDAD	vi
ÍNDICE	vii
ABSTRACT.....	x
INTRODUCCIÓN	1

CAPÍTULO I

CREADOS POR AMOR Y PARA AMAR

1.1.Varón y mujer los creo	03
A. El matrimonio en el Gn	03
B. La expresión del amor en el Cantar de los Cantares	06
C. La pareja humana imagen y semejanza de Dios	11
D. Alianza conyugal.....	14
1.2. El amor, raíz y crecimiento de la comunidad conyugal	16

CAPÍTULO II

EL AMOR DE DIOS

2.1. El amor es creador	21
2.2. El amor exigente	24

2.3. Amamos con el mismo amor de Dios	28
2.4. Evolución del amor (Dilatación).....	31
2.5. El amor lo es todo	35
2.6. El bien común del matrimonio y la familia	40

CAPÍTULO III

MATRIMONIO COMO VOCACIÓN

3.1. Una sola vocación	43
3.2. Lo que significa y realiza el sacramento del matrimonio	51
CONCLUSIONES.....	58
REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA	63

RESUMEN

El trabajo de investigación pretende describir como actúa Dios en el sacramento del matrimonio signo de su amor, teniendo el problema que a causa de un contexto sociocultural materialista y relativista, el matrimonio va perdiendo su verdadero significado y lugar que le corresponde en la vida cristiana, siendo para muchos algo común y corriente dentro de la sociedad del descarte. El método utilizado es descriptivo y teológico. El objetivo es explicar sobre la belleza del matrimonio teniendo en cuenta que no es un simple desear o querer del ser humano, sino que es parte del proyecto Divino. Donde los cónyuges colaboran con Dios mediante la misión encomendada. En tal sentido, esta investigación es importante porque concientiza a la humanidad que el matrimonio no es una carga para quienes lo acogen, sino más bien es fruto de la gratuidad del amor de Dios, mediante el cual la gracia de Dios invade a los cónyuges, permitiéndoles caminar juntos hacia la santidad y participar de la felicidad plena. Por tanto, se ha llegado a la siguiente conclusión: El matrimonio encuentra su fuente en el amor de Dios, se casan siendo felices para transmitir la vida a través del amor; es fecundo, lo puede todo, las exigencias son mutuas donde los cónyuges responde responsablemente, colaboran y caminan juntos a la santidad; siendo manifestación de la ternura de Dios en la tierra.

Palabras claves: Matrimonio, Dios, amor, vocación, cónyuges, santidad.

ABSTRACT

The research work aims to describe how God acts in the sacrament of marriage, a sign of his love, having the problem that due to a materialistic and relativistic sociocultural context, marriage is losing its true meaning and its rightful place in Christian life. being for many something common and current within the discard society. The method used is descriptive and theological. The objective is to explain about the beauty of marriage, taking into account that it is not a simple wish or desire of the human being, but rather that it is part of the Divine project. Where the spouses collaborate with God through the entrusted mission. In this sense, this research is important because it makes humanity aware that marriage is not a burden for those who welcome it, but rather is the fruit of the gratuity of God's love, through which God's grace invades the spouses, allowing them to walk together towards holiness and participate in full happiness. Therefore, the following conclusion has been reached: Marriage finds its source in the love of God, they marry being happy to transmit life through love; it is fruitful, it can do everything, the demands are mutual where the spouses respond responsibly, collaborate and walk together towards holiness; being a manifestation of God's tenderness on earth.

Key words: Marriage, God, love, vocation, spouses, holiness.

INTRODUCCIÓN

Con la gratitud y la alegría de sentirme amado y poder amar, ha llegado el momento de presentar a Dios a la sociedad y en especial a las parejas, hombres y mujeres que muchas veces tienen miedo de casarse en nuestro contexto actual. La investigación, titulada: "Matrimonio Signo del Amor de Dios", es el origen de tres razones:

Primera razón, que soy fruto de un matrimonio, donde ha podido experimentar la presencia de Dios en mis padres y que a pesar de las dificultades el amor de Dios siempre se ha revelado mediante ellos: hacia mí, mis hermanos y hacia la comunidad.

Segundo motivo, proviene del curso sobre "matrimonio y familia" dictado por el presbítero y doctor Marcoantonio Pacherras Torrejón. Lo que me hizo ver la importancia de los matrimonios en nuestra sociedad.

En tercer lugar, que los frutos de estas dos causas y experiencias contribuyan a la belleza del matrimonio como obra de Dios, que a través del mencionado sacramento se manifieste el amor de Dios por la humanidad.

En la actualidad nos encontramos en un contexto sociocultural materialista y relativista, donde el matrimonio pierde su verdadero significado y lugar en la vida cristiana. Para muchos es algo común y corriente, descartado en nuestra sociedad. Ante ello, les recordamos que no se trata sólo del aspecto humano, sino que también es una manifestación de lo divino.

Por eso, a través del desarrollo, trataremos de explicar que el sacramento del matrimonio no es un mero deseo o anhelo humano, sino parte del proyecto divino. Donde esposos y esposas cooperan con Dios a través de una misión encomendada.

En resumen, mi interés en aprender más sobre quién y cómo Dios obra en el sacramento del matrimonio me impulsa a investigar. Concientizar también a las personas de que el matrimonio no es una carga para quien lo acepta, sino hacerles comprender que el matrimonio es fruto de la belleza del amor de Dios, por el cual la gracia de Dios penetra en las parejas, capacitándolos para caminar juntos hacia santidad. Por lo tanto, el estudio se divide en tres partes:

En el primer capítulo desarrollaremos “creados por amor y para amar”, aquí vemos que el matrimonio solo puede ser entre un hombre y una mujer porque así lo planeó el creador desde el principio, como en el libro del Génesis y son creados a imagen de Dios y a semejanza; esta relación de amor requiere unión, y por tanto este amor debe ser exigente para llegar a su plenitud.

Nos centraremos en Génesis y el Cantar de los Cantares porque son los dos libros principales que se pueden utilizar para hablar del matrimonio, pero también hemos citado los libros proféticos de forma panorámica. Gn porque comienza el sustento del matrimonio y Ct porque expresa la manifestación del amor de Dios por el hombre a través del matrimonio. Las opiniones de los autores sobre Ct difieren, pero destacamos la importancia del amor como raíz y crecimiento de la comunidad conyugal.

En el segundo capítulo trataremos de explicar que este “amor viene de Dios”, un amor que es creativo pero también exigente; por lo tanto, debemos amar como él nos ama. Vemos también que este amor es un amor que se desarrolla y no se detiene, y que como resultado de esta expansión, vemos que este amor busca el bien común de los esposos, permitiéndoles realizarse en el matrimonio una pareja. Y en este sentido, entendemos que el amor lo es todo en la vida matrimonial.

En el tercer capítulo, desarrollaremos “El matrimonio como vocación”, donde vemos que los cónyuges comparten la misma vocación y donde se unen dos historias distintas para compartir el llamado que Dios les llama a cumplir su misión. Una vocación común, que la santidad es el horizonte del fruto del amor, y que Cristo es su fundamento, que lo hace eficaz, elevándolo como sacramento.

Finalmente, destacaremos que el matrimonio cristiano, fruto del amor de Dios, es el camino hacia la santidad. Un amor que anhela la eternidad, pero que tiene su origen en la decisión de aceptar un proyecto divino para cumplir la misión encomendada por el creador.

CAPÍTULO I

CREADOS POR AMOR Y PARA AMAR

1.1. Varón y mujer los creó

A. El Matrimonio en el Gn

El libro de Génesis muestra que el varón y la mujer fueron creados a imagen y semejanza de su Creador, por lo que la naturaleza del hombre se indica en la paternidad de Dios como su fuente. (Cf. Gn 1,27).

Dios crea en base a su palabra: «Hagamos» (Génesis 1,26). Esta expresión de Dios es importante porque de alguna manera expresa nuestra unidad divina. Por tanto, podemos decir que Dios es el modelo de unidad y unión en el matrimonio. De manera similar, podríamos identificar el fenómeno nosotros en la expresión «hacemos» en otras palabras, la manifestación directa del Dios trino en la creación de los esposos.

En efecto: «A la luz del Nuevo Testamento, es posible ver que el modelo original de la familia debe encontrarse en Dios mismo, en la trinidad de su vida. El "nosotros divino" forma el patrón eterno del "nosotros humano"; sobre todo, que "nosotros" que tanto varón y mujer, creados a imagen y semejanza de Dios» (López et al.,1994, p.12)

Varón y la mujer son creados a imagen de Dios. En este caso, la finalidad principal de tener hijos es vista como el amor, que es una de las finalidades del matrimonio, y por otro lado, la pareja “varón -mujer” es vista como copartícipe en el plan de Dios en cuanto que están llamados a preocupación vida y es aquí donde aparece la familia como célula de la sociedad.

«Fructificad y multiplicaos, llenad la tierra y sojuzgadla; señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos y en todo animal que se arrastra sobre la tierra». (Génesis 1,28) Estas expresiones muestran la presencia directa de Dios en la formación de la pareja humana. Ambos explican directamente esta intervención divina. Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo. Le daré suficiente ayuda" en esta expresión de Dios, encontramos que lee el corazón del hombre y ve que el hombre necesita a alguien como él, y por eso comienza para crear una mujer. Entonces el Señor Dios puso al hombre a dormir, y él se durmió. «Entonces tomé una de las costillas y llené la abertura con carne. Hizo una mujer de la

costilla que el Señor Dios tomó del hombre, y la sacó. hombre» (Génesis 2,18;21-22).

En otra expresión encontramos la misma voluntad de la Trinidad. Y dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, a nuestra... Y creó Dios al hombre a su imagen varón y hembra los creó» (Génesis 1,26-27). Según ambas interpretaciones, la creación del hombre se revela en su doble cualidad, masculina y femenina, más en su masculinidad y feminidad. Por tanto, este nombre divino es fruto de la palabra creadora de Dios.

Asimismo, la expresión de hombres y mujeres creados de la “tierra” se refiere a la naturaleza masculina y femenina de cada individuo, complementándose en esta dimensión del amor, con el fin de promover el bien de la reproducción. Por otro lado, “varón y hembra los creó” (Génesis 1,27) indica que fueron creados con el mismo valor que los humanos (López et al.,1994)

La persona es lo más importante, un varón y una mujer con igualdad, diversidad y relaciones de vida, capaces de amarse y crear y fortalecer nueva vida, sabiendo que en su complementariedad e interpenetración colaboran con el reino de Dios por la gracia sobrenatural.

Por eso Dios no creó al hombre solo. Desde el principio los hizo varón y hembra (Génesis 1,27). Esta asociación entre el hombre y la mujer es la primera manifestación de la conexión humana. El hombre es en efecto un ser social por naturaleza íntima, y no puede vivir y expresar sus cualidades sin entrar en contacto con los demás (GS 12).

El matrimonio es la unión de un hombre y una mujer según la masculinidad y la feminidad; por un lado, convertirse en uno requiere relaciones mutuas, la comunidad requiere participación (una especie de universalidad) y solidaridad. Por lo tanto, el matrimonio tiene las dos características siguientes: La primera une a dos cónyuges, lo que significa apoyo mutuo y participación en los asuntos que involucran la constitución y desarrollo natural de un hombre y una mujer (Hervada, 2007)

El relato del Génesis pone en relación directa la creación de la mujer con el matrimonio y nos preguntamos por qué, si analizamos el texto, cuando un hombre se siente solo a pesar de la naturaleza y los animales, Dios se lo da a una mujer como esposa y aquí vemos eso se siente satisfecho.

Por otro lado, se entiende esa atracción que siente una persona, pero no es sólo una atracción física, sino una atracción espiritual. Es algo que toca lo más profundo de una persona y solo puede ser percibido a través de los ojos del corazón.

En la historia de la costilla que Dios tomó para formar una mujer, expresa alegría al exclamar: «Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne...» (Génesis 2,23). Encontramos completa atracción y deseo de comunidad y compartimos el mismo destino con nuestros cónyuges en esta unión de amor.

El autor del Génesis quiere expresar que el hombre y la mujer tienen la misma naturaleza, dignidad y vocación sobrenatural, aunque son muy diferentes en su sexualidad, pero en la unidad del amor son una sola carne que trasciende los lazos de sangre.

Así mismo la imagen de la “costilla” del varón manifiesta una riqueza en su contenido: «El texto sagrado elige este lugar cercano al corazón para mostrar que al crear una mujer, el hombre se convierte en un ser que sale de su corazón, como si fuera una "parte" del corazón o del alma. De ahí la inclinación natural del hombre y la mujer a la unión. Una tendencia natural de ambos lados a buscar la integridad original. Esta referencia al "corazón" también se refiere a la tendencia mutua del hombre y la mujer a luchar por la unidad (que no es sólo una tendencia a la unidad física o genital, sino que es principalmente una tendencia emocional y espiritual) que tiende hacia la unidad del hombre y la mujer) incluyendo la unión carnal, todos los aspectos de un hombre tienden para complementar el masculino/femenino» (Fuentes, 2009 p.39)

«Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne». El texto "una sola carne" expresa uno de los dos propósitos del matrimonio: el matrimonio. En el matrimonio, expresa justicia, exclusividad, acción recíproca. y dar gratis.

En el Antiguo Testamento, Dios da su bendición con las palabras: «Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla; Domina sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra» (Gn1, 28). Si logramos captar este significado, vemos que Dios en su infinita gracia, concede al hombre ese don de un cierto poder sobre la creación. Entonces, Dios bendice esa relación de amor en la pareja humana, concediéndoles la potestad de ser administradores y colaboradores en un su proyecto divino, que en el nuevo testamento Cristo elevará el matrimonio como sacramento.

A través del matrimonio, Dios da al hombre y a la mujer la oportunidad de ser completos, de vivir en comunión con otro ser y a la vez diferente, con quien se pueden realizar lazos de vida, una existencia común, reciprocidad de entendimiento, amor y acción. La creación alcanza su perfección final con un par de realidades. En otras palabras, al crear una pareja humana, Dios corona su obra creadora.

El libro del Génesis, a través del relato de la creación de la mujer, expresa la inmensa generosidad que Dios muestra al hombre, dándole una compañía con la que puede formar una alianza igualitaria según sus deseos y con la fuerza suficiente para realizar el sacrificio, sentido a su vida y dirigirla a la construcción del amor como gracia del amor divino.

El concepto de amor conyugal expresado en el libro del Génesis también se encuentra en otros pasajes del Antiguo Testamento que se refieren directamente al matrimonio o usan la imaginería del cortejo para expresar los sentimientos de Dios por su pueblo. Entre las imágenes que usan las escrituras para reflejar el amor que Dios quiere mostrar a su pueblo, la novia y la mujer que Dios amó y a quien hizo una promesa eterna parecen representar al pueblo de Israel. A través de estas imágenes, es posible captar indirectamente la alta comprensión de estos autores sobre el amor conyugal y la realidad del matrimonio (Flores, 1995).

El Génesis expresa una riqueza profunda sobre el misterio del matrimonio a través de la creación Dios va poniendo las bases en cuanto crea la pareja humana. Por tanto, no podemos cambiar la estructura de la pareja conyugal. Así mismo, recalcar esa aceptación libre y responsable que se da en la pareja conyugal los lleva a realizarse como esposos y reconocer que necesitan de la gracia sobrenatural para poder vivir bien el matrimonio como Dios manda.

B. La expresión del amor en el cantar de los cantares

El libro Cantar de los cantares desarrolla un misterio en su contenido que no todos los autores lo interpretan en un mismo sentido como ya veremos, pero hay algo en común que comparten y es la expresión del amor en todas sus dimensiones.

Amor que se manifiesta como una realidad que responde a la estructura trinitaria de la divinidad: Dios es, ese AMOR con mayúscula, y en esa pluralidad de personas se expresa la esencia del amor divino. El amor nunca es unipersonal, sino que en su esencia se manifiesta

en esa pluralidad del nosotros recíproco (Scherrer, 2020).

Algunos de los autores comentan que en el Cantar se prefiguran los amores de Yahvé con Israel. Ejemplo similar sería si dijéramos que en el Cantar se prefiguran los amores del Mesías con la Iglesia. Hay que recordar que todo el libro gira en torno al amor, un amor mutuo y sin barreras.

Los Profetas y el Cantar de los Cantares son los escritos más típicos del Antiguo Testamento. El matrimonio se usa como metáfora de la unión entre Yahvé e Israel. Para transmitir el amor de Dios a las personas, Dios utiliza el amor conyugal, la profecía de Oseas, las imágenes del adulterio de Jeremías, las parábolas de Ezequiel, los poemas de Isaías, etc. Al mismo tiempo, esta imaginería del lenguaje revela la profundidad del significado del matrimonio y sus principales características (Sarmiento, 2007).

A través de metáforas nos permite comprender esa cercanía de Dios con su pueblo un amor que lo puede todo y que no tiene límites, por otra parte, observamos esa reciprocidad de amor. En el matrimonio, expresa la más íntima confianza en esa donación mutua por parte de los esposos y de este modo también debe darse entre lo humano y lo divino.

El matrimonio, con sus ricas experiencias, da a conocer el amor Divino manifestado en la unión. El enfoque principal de los libros proféticos ciertamente no es el tema del matrimonio. Pero ven en él una realidad cuyo valor objetivo expresa el vínculo entre Dios y su pueblo, que a su vez ilumina la realidad del matrimonio. El matrimonio parece ser una unión, se convierte en un símbolo. Por lo tanto, participa en la descripción del sindicato. Para el Profeta, este es, después de todo, el “secreto” del matrimonio (Sarmiento, 2007).

Entonces, la imagen del matrimonio, nos permite explicar esa alianza que existe entre Yahvé e Israel, es decir esa relación esponsal entre Dios y su pueblo. El autor, sirviéndose del lenguaje propio de la relación conyugal, describe esa ternura de Dios con la humanidad, en cuanto permanece fiel, a pesar de las infidelidades de Israel.

Asimismo, el Cantar de los Cantares nos lleva a encontrar en la sexualidad humana la riqueza del hombre, manifestada en el hombre y la mujer a través de la entrega. «La tradición siempre ha considerado el Cantar de los Cantares como una expresión de amor exclusivamente humana, en la medida en que refleja el amor de Dios, un amor tan fuerte como la muerte, que las aguas no puede ahogar (Ct 8,6-7)» (CEC 1611).

Por tanto, Dios es quien toma la iniciativa en esa experiencia de amor con la humanidad, Él nos amó primero, es decir nos enseñó qué es el amor y cómo amar. El ser humano no puede quedarse con los brazos cruzados, sino que está llamado a responder de manera recíproca a ese amor divino que invade a la persona.

En el matrimonio mediante esa comunión de amor los cónyuges deben caminar hacia una misma dirección, es decir anhelar la santidad. Por medio del amor, hay una pertenencia mutua (cf. Ct 1,6). El amor debe expresarse en cada momento a pesar de la indiferencia que puede existir en una relación de pareja.

El profeta Isaías compara el matrimonio y el amor de Dios por nosotros expresa: “Como el mozo se casa con la virgen, así se casará tu constructor; Y como el hombre se regocija con su mujer, así vuestro Dios se regocija con vosotros” (Is 62,5). Dios ama al ser humano a pesar de sus defectos que posee, él nos creó y nos creó a imagen y semejanza suya porque nos ama. Nadie elige a alguien por casualidad, sino porque cree que es capaz de amar a pesar de sus imperfecciones. A causa del pecado un matrimonio nunca es perfecto, pero los cónyuges gozan de un potencial de virtudes que puede llevarlos alcanzar la perfección.

Según Scherrer, (2006) menciona «Él es la vida de su corazón. Así es Dios para Israel, y más aún Jesucristo resucitado para los cristianos» (p.12). Bolsita de mirra es mi amado para mí, que reposa entre mis senos (Ct 1,13). En cuanto se ama de corazón, el amor de Dios desborda expresada en la alegría espiritual que se extiende a todos.

La vida de amor en los cónyuges, desborda al prójimo y de este modo también se intenta amar como Dios ama de manera desbordante. Pocos son los que verdaderamente ponen la total confianza en Dios y dejan que su ser repose y descansa en Dios.

La parábola del desierto nos recuerda que siempre nos apoyamos en él, hasta que los que nos ven dicen: "¿Quién es éste que sale del desierto apoyado en su amado"? (Ct 8, 5). El desierto es nuestra protección, un lugar que pocos lo aman. El matrimonio siempre está sostenido por Dios, es decir, pueden surgir dificultades pero si Dios está en la vida de los cónyuges, el matrimonio es más llevadero y estable.

Los esposos y las esposas deben vivir sus vidas fielmente en la fe, el arrepentimiento, la oración y la obediencia total al mandamiento del amor de Dios, para que puedan ser un ejemplo de matrimonio para otras familias. Debe ser «como un manzano entre árboles

silvestres...» (Ct 2,3).

Vivimos en un contexto donde el matrimonio se ha desvirtuado y ha perdido su verdadero valor, pero es ahí dentro de este mundo del descarte que se tiene que manifestar el matrimonio como fruto del amor del amor divino.

En el Cantar de los Cantares, la amada define al amor, su poder, su valor, su duración. El amor es la máxima expresión de Dios por la humanidad, pero también en la vida matrimonial el amor lo es todo porque gracias al amor es para siempre (cf. Ct 8,6-7).

Tanto en relación de Dios divino con la humanidad, de Cristo con la Iglesia, o en la vida matrimonial expresa una pertinencia, en el sentido de fidelidad. «Mi amado es mío y yo de mi amado ...» (Ct 2,16). Nuestra mayor alegría es vivir para el otro, es decir, expresar lo más valioso para el otro y esto solo se da si hay amor. El amor supone conocimiento mutuo, su principal efecto es la unión mediante esa donación de ambos cónyuges en la vida matrimonial, el que ama quiere estar y conocer el interior del ser humano.

«De noche en mi lecho lo busqué al amor de mi vida, lo busqué y no lo hallé, me elevé y corrí por la villa, calles y plazas; busqué el amor de mi alma, los busqué y no lo hallé» (Ct 3,1-2). En este texto vemos a una mujer soltera, que no encontró una relación estable y duradera a la luz del Señor. Así mismo, observamos que al menos se interesa en buscar a quien es el motor de su vida, motivo de su felicidad.

La vida sin ese alguien que tanto importa, se muestra sin sabor, y sin sentido. En la vida matrimonial sin la persona indicada, jamás habrá la imagen de complemento que les permite realizarse como esposos. Así también la vida sin Dios es vacía, por más que se tenga todas las cosas materiales, jamás vamos alcanzar la felicidad en su máximo sentido.

«Ven del Líbano, novia mía, ven llégate del Líbano. Vuélvete desde la cumbre del Amará, desde las cumbres del Sanir y del Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de leopardos» (Ct 4,8). «En este momento, creo que la mujer finalmente ha encontrado una unión completa y perfecta con su divino esposo permanece y vive allí, mostrando que él también ha llegado a la cima de la vida secreta y ahora vive en perfecta luz con Dios, tanto como puede en esta vida» (Scherrer, 2006 p.39).

Así pues, como hijos de Dios vivimos en un lazo de amor y alegría con Dios. El amor

de Dios nos embellece y transforma, su fragancia invade el corazón del hombre llevándolo a ser portador de ese amor divino (Cf. Ct 4,11).

«Entonces, vemos que nuestro trato con el Creador es similar a la unión amorosa del hombre. El amor de un hombre cambia a una mujer, hace que ella lo ame aún más, hasta que su apariencia cambia y se vuelve más hermosa. Cuando ve este cambio, el varón la ama aún más hasta que la ama por completo. Esta es la situación, dejar ver este libro, entre el Creador y la humanidad. El amor de Dios es maravilloso, nos hace hermosos como una lámpara resplandeciente y de santidad; y Dios, por él, pretende amarnos mucho. Así crecemos en un amor sin límites por la voluntad de Dios; y la belleza del alma crece sin límites. Así crecemos en santidad» (Scherrer, 2006 p.43).

«Eres un huerto cerrado hermana y novia mía, un manantial sellada...» (Ct 4,12-13). Este relato expresa la castidad y la pureza en la que se conserva la novia para su amado, una conciencia pura que la hace ser feliz. Una vida de acuerdo con la voluntad de Dios es fructífera porque es fruto de la gracia de Dios. El sacramento del matrimonio es el huerto de Dios, pertenecen a Dios porque son creación de Dios y colaboradores por ser procreadores. Cuanto más se cultiva un matrimonio más bello es ante los ojos de Dios. Dios mora en el matrimonio, así como el jardinero en el Jardín.

Según Rodríguez, (1974). «El amor se realiza cuando el bien exterior apasiona nuestra voluntad. El amor se confirma en nuestro propio interiorismo. Así que el amor es el comienzo del movimiento hacia el FIN amado» (p.10). El amor es la brújula que orienta a una persona, de manera especial en el matrimonio es quien los dirige a la santidad.

En el libro Cantar de los Cantares vamos a encontrar tres pasajes que nos van hablar de esa correspondencia, reciprocidad de amor ya sea que se realice en el ámbito de los cónyuges (matrimonio) o ya sea entre Dios y la humanidad: Mi amado es mío y yo de mi amado (Ct 2,16), mi amado es mío y yo de mi amado (Ct 6,3), yo soy de mi amado, objeto de su deseo (Ct 7,11). El reconocimiento que nuestro corazón le pertenece a alguien es fruto del amor.

Con respecto al segundo pasaje, nos lleva a recordar al Génesis cuando Yahvé se dirige a la mujer: hacia tu marido irá tu deseo (Gn 3,16). Con los otros dos pasajes se completan y nos hace caer en cuenta que el deseo es mutuo y no fuente de dominación, sino una pertenencia mutua y de gozo compartido.

Para Rodríguez (1974). «La razón principal del matrimonio es la expansión de la raza humana, porque el amor es una energía arraigada en el hombre no como individuo, sino como especie. El amor es el nacimiento de la existencia. Por eso todos los matrimonios del mundo, ayer, hoy y mañana, cumplieron sólo el precepto de Dios: “Sed prolíferos y multiplicaos”» (p.17). Dios es la fuente del amor que al desbordarse alcanza a toda humanidad y fruto de su amor es la creación del ser humano que en el génesis expresa la coronación de todo lo creado.

El amor en el Cantar de los Cantares se manifiesta en un primer instante como “Eros”, pero a la luz de la carta Paulina este amor alcanza un nivel de plenitud en cuanto se expresa de manera caritativa, es decir un amor “Ágape”. Por tanto, el “Ágape” lleva a la plenitud al “Eros”, purificando. Ya no es un amor que se muestra desde una visión sensible, sino que lleva a un ámbito espiritual de comunión (Juan Pablo II, 1979).

C.La pareja humana imagen y semejanza de Dios

Después de crear todo lo que está al servicio de la persona humana, vio Dios que la creación estaba aún incompleta y es así que finalmente fue creado Adán. Pero es aquí la participación del hombre que al sentir esa necesidad de alguien como complemento de su vida, se dirige a Dios para pedirle una compañía con quien comparta su amor (Cabodevilla, 1960)

La persona humana no ha sido creada para existir solo, sino para vivir en una plena comunión con quienes comparte su vida; pero de manera especial en esa relación de amor con su pareja que viene a ser su complemento.

Y Dios dijo: «Hagamos al hombre a nuestro retrato, a la igualdad nuestra» (Gn 1, 26). En este versículo nos podemos dar cuenta que expresa el nosotros creador que viene a indicar a la Santísima trinidad y a imagen de esa comunión se crea a la pareja humana.

Dios en el profundo amor que tiene al hombre, escuchó su imploración del varón y creó a la mujer para su compañía. «Creó Dios al hombre a imagen suya lo creó, macho y hembra» (Gn 1, 27). Por tanto, podemos afirmar que el hombre es figura y representación divina en la tierra, a causa de esa capacidad de razonar que Dios en su infinita gracia le ha concedido.

Dios fuente de toda la creación corona a todo lo que existe, creando al hombre a su retrato y parecido. En ese retrato que los crea a la pareja les concede la misma dignidad de ser hijos suyos, con cualidades muy distintas en cuanto hembra y macho.

Por una parte, la pareja humana expresa la imagen y semejanza del creador en cuanto manifiesta esa comunión de amor, pero también no cabe duda que participan del proyecto divino, Dios es “creador”, pero la pareja humana es “procreadora”. «Y Dios los bendijo con la siguiente expresión: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla; señoread en los peces del mar, en las aves del cielo y en todas las bestias que se arrastran sobre la tierra”» (Gn 1, 28).

Es interesante porque expresa que no solo los “crea”, sino que también les “bendice” y en esa bendición manifiesta misión que deben cumplir como colaboradores del plan divino. Y nos preguntaremos cuál es esa misión, esa misión es ser procreadores. En esa dimensión recíproca del varón y la mujer, desde el principio queda orientada a esa finalidad de transmitir vida. Por un lado, es una relación íntima, un encuentro en la unidad, una comunidad de amor y diálogo expresada en una relación. Por tanto, es un don recíproco que se abre a la fecundidad como fruto de esta unidad de amor.

Y a propósito de esta unidad, pasamos al Nuevo Testamento, cuando Jesús habla a los fariseos de la indisolubilidad del matrimonio: «¿No habéis leído que desde el inicio Dios los creó varón y mujer: por eso, el varón dejará a su padre y madre y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Así que ya no son más dos, sino una sola carne. Ahora bien, lo que Dios unió, no lo separe el hombre» (Mt 19,4-6).

Jesús retoma lo ya indicado en el Génesis capítulo 2, esa unidad de la pareja es un reflejo de la unidad divina, como ya se decía la unidad divina “crea” y la pareja en su unidad colabora en cuanto son “procreadores”.

Así mismo, también tenemos que saber que el hombre como imagen y semejanza de su creador, participa del poder de Dios. (Gn 1,26-28). Es un mandato, pero al mismo tiempo participación del poder de Dios por parte del varón como de la mujer. No dice manda, sino “manden”, es decir que expresa pluralidad.

El amor “se esparce”, decían los antiguos teólogos. Así como Dios Padre en su ser más íntimo da a luz y atrae en sí mismo el movimiento del amor trino del Hijo, reflejo de su don,

el mismo Dios da a luz la creación, que a su vez implica en la aventura del amor. Pero para responder a su llamado profundo, esta criatura se hace creadora. “Imagen de Dios”, una pareja humana da a luz. Permanece abierto al futuro y puede entrar en el ámbito del intercambio, la gracia y los dones (Pierre, 1987).

Así mismo, desde este aspecto de participación, Dios concede a ambos la misma libertad personal y dignidad humana para que se realicen como seres creados por amor y para amar en esa relación de pareja. Una dimensión central en la vida matrimonial de la pareja es el amor y no olvidemos que “Dios es amor”, crea a la pareja por amor y les concede la capacidad de amar y ser amados, en esta comunión de amor expresan su mutuo amor a su creador quien es fuente.

El amor nos lleva a vivir en comunión expresada en la unidad. «A este amor, la unión de los esposos se convierte en imagen a través de la cual se puede manifestar y narrar el gran misterio de Divino, es fundamental en la Trinidad, que contempla a Dios Padre, Hijo y Espíritu santo. Dios uno y trino es el vínculo del amor, reflejo vivo de la familia». (AL 11).

En el nuevo testamento san Juan, menciona que Cristo se dirige a su padre solicitando por la unión «para que todos sean uno, como tú padre en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (Jn 17,21). Esto en la vida matrimonial tiene una importancia máxima, puesto que los cónyuges deben vivir esa unidad entre sí, pero teniendo como centro a Dios que es amor.

Recordemos que nuestra primera vocación es y debe ser siempre el amor hacia el otro y en esta dimensión amar a Dios, no podemos amar a Dios sino no amamos al más cercano y de manera especial no podemos decir amamos a Dios, sino amas a tu pareja. Pablo nos recuerda en su carta a los Efesios: «Sean, imitadores del Dios vivo, como hijos muy amados, vivid en el amor, como Cristo que se entregó a sí mismo por nosotros como don y olor fragante». El amor en pareja tiene que ser recíproco, pero también no hay que olvidar que muchas veces necesita sacrificio en el aspecto que tienes dar todo por la otra persona, un amor sin medida.

De este modo, la dignidad del hombre y de la mujer y la consiguiente llamada al amor en el matrimonio encuentra su primera y fundamental concreción: en la unión del amor fecundo, que -como el amor divino- se vuelve en dar vida, en el prójimo y en el cuidado. De este modo, el matrimonio es imagen visible grabada en la misma naturaleza humana desde el principio de la unión que se realiza en la vida íntima de Dios y la unión del amor incondicional

e inagotable con el que Dios ama. Al mismo tiempo y por la misma razón, es imagen de la perfecta realización de la vocación humana, que culmina en la unión eterna con Dios (Bañares, 2011).

En síntesis, la pareja humana es reflejo de Dios, quien nos da la vida como don. Como fruto de la misteriosa relación del varón y la mujer que conforman el nosotros comunión. Una sola carne, como reflejo de la unidad trinitaria revelada en Cristo (Sánchez, et al., 2015). Dios es comunión y desea que nosotros los seres humanos vivamos como hermanos, de manera especial los cónyuges en la vida matrimonial ya que ellos deben ser la base de la sociedad que necesita cada día más del amor de Dios.

D. Alianza conyugal

Sólo los humanos tienen la capacidad de existir y vivir en comunión a la luz de la Trinidad. La familia comienza con el matrimonio, que el Concilio Vaticano segundo describe como una “pacto” en la que un hombre y una mujer se entregan y se aceptan (Cf. GS 48).

La unión conyugal se da por amor, ambas personas unidas comparten de alguna manera los mismos ideales y que de manera libre y responsable desean asumir el rol de esposos durante toda su vida conyugal. Entonces: «Cristo nuestro Señor elevó el matrimonio a la dignidad de sacramento, en el que el hombre y la mujer forman una unión para toda la vida, cuya naturaleza se organiza para el bien de las parejas y para la crianza y educación de la descendencia entre los cristianos» (CIC. c. 1055 &1).

En esta relación de amor sellada por la alianza conyugal, lleva consigo «derechos y responsabilidades conyugales entre los esposos» (Flores, 1995). A partir de un mutuo acuerdo y del consentimiento de los cónyuges, el matrimonio queda establecido para siempre. Los contrayentes se comprometen de manera libre, voluntaria y en la más sana facultad de razón, el cual indica que son conscientes de lo que están realizando como pareja (varón y mujer). En tal sentido, la Constitución SG del Concilio Vaticano segundo describe que «el matrimonio íntimo del amor se basa en la unión de los esposos, es decir, con la aprobación personal e inapelable». (GS 48)

La unión de los cónyuges está basada en el amor mutuo y la lealtad mutua. Una unión que debe mantenerse fuerte gracias a la fuerza del amor, fruto del trabajo mutuo de la pareja.

Con respecto a la afirmación que realiza la constitución de la familia en el Génesis ya está indicada de alguna manera la alianza conyugal en cuanto dice: «dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne» (Gn 2,24). Por otra parte, al unirse esta pareja, Jesús reafirma en el evangelio frente a los fariseos: «de manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre» Mt 19,8). De esta manera queda afirmada la alianza en ese carácter inmovible del matrimonio, como cimiento del bien común de la familia.

Así mismo en ese contexto del “yo” y el “tú” surge el nosotros fruto del amor que resalta esa comunión de dos seres que se aman. Y así, surge la familia como célula de la sociedad. Por otra parte, esta familia se perfecciona enteramente y de manera concreta al procrear los hijos (López et al.,1994)

El sacramento del matrimonio como unión para toda la vida ha ido transformándose como una carga para los hombres modernos de nuestro contexto. La imagen de la alianza conyugal como sello para toda la vida de los cónyuges, y que constituía un ideal indiscutible en la sociedad “tradicional” ha ido desvirtuando y esto lo podemos observar en la imagen de quienes están metidos en las farándulas. Es decir, hoy en nuestra actualidad se está viviendo una relación del descarte.

Según Sarmiento, (2017). «El matrimonio es una unión contractual: un contrato, por ley, es esencial para el matrimonio; pero al mismo tiempo hay que subrayar que el ordenamiento jurídico no puede desligarse del fundamento y sentido por el que se determina: el misterio del amor» (p.68)

La alianza conyugal se da gracias al amor, puesto que la unidad, la reciprocidad y la mutua correspondencia se basa en él. Y, por tanto, con el amor conyugal ambos se pertenecen. «no dispone la mujer de su cuerpo, sino el marido. Igualmente, el marido no dispone de su cuerpo, sino la mujer» (1Cor 7, 4). Pero no olvidemos que todo se realiza de mutuo acuerdo.

En el matrimonio Dios es quien une, pero lo realiza respetando el querer de la pareja, fruto del amor suscitado en el corazón de los suyos. Esto es también un reflejo de lo que también se da entre Dios y la humanidad, recordemos que también hay una alianza entre lo humano y lo divino. Pero recordemos que la fragilidad humana está inclinada a romper esta alianza, pero gracias a la misericordia y perdón se puede restablecer (Granados, 2013).

Del mismo modo, en el Cantar de los Cantares nos habla de la pertenencia recíproca: «Mi amado es mío, yo soy para mi amado» (Ct 6, 3). El amor tiende a perdurar en el tiempo y deja en el cónyuge una huella indeleble que no se puede borrar: “Hazme una huella en tu corazón” (Ct 8, 6). Expresa un amor que nunca debe borrarse, sino que siempre debe permanecer en la vida de cada uno de los contrayentes.

Pablo escribe a los Efesios y anima a los esposos a amar a sus esposas como Jesús amó a la iglesia. (Cf. Ef 5, 21-33), pero también exhorta a las mujeres esa correspondencia. Por tanto, no solo hay que esperar recibir, sino que también hay que tener esa disposición de dar sin esperar nada a cambio. La Alianza de los cónyuges es reflejo de su fuente divina con la humanidad, por tanto, debe presentar estas notas fundamentales: total, fiel, auténticamente humano y fecundo (cf. HV, 9). Total, en el aspecto que no se reserva nada para sí mismo, sino que expresa un amor incondicional; fiel, un amor de exclusividad hasta la muerte; auténticamente humano y fecundo, en cuanto no se termine en la comunión de los esposos, sino que se abre a dar nuevas vidas (Fuentes,2019).

Por tanto, el sacramento de Matrimonio, es una alianza que se da entre un varón y una mujer, que fruto del amor derramado por el espíritu santo en nuestros corazones es una promesa para toda la vida (cf. Rm 5, 5).

En conclusión, el matrimonio es una unión entre un hombre y una mujer en la que «no son dos, sino una sola carne» (Mt 19,6; Gn 2, 24). Y que la fidelidad a la alianza es posible por la constante renovación de la gracia de Cristo cimentada en el amor conyugal que tiene como fuente al amor divino.

1.2. El amor, raíz y crecimiento de la comunidad conyugal

Es conveniente que nos preguntemos ¿qué es el amor o en qué consiste el amor? Hoy en nuestros días el término amor es muy ambiguo, es decir le dan diferentes denominaciones, como el «amor es una relación, el amor es causa de la vida, el amor es comunicación» (Rodríguez, 1974 p.11). Pero que también existen como lemas una manera encasillar el amor, como: «“El amor es sacrificio”, “obras son amores y no buenas razones”, “amar es desear”, “el amor es unión”, “el amor es posesión”, “amar es querer”, etc.» (Hervada, 2007 p.46). Reconocemos que son verdades, pero ninguna de ellas es suficiente como para decir qué es esencialmente el amor, es decir sólo están expresando rasgos del amor.

Todos estos son manifestaciones del amor en el matrimonio, pero no podemos reducir el amor solo a estos signos, pero tampoco negamos que se deben tener en cuenta en una relación, puesto que también cumplen una función muy importante en la vida conyugal. Hoy queremos ir más allá de estos rasgos y poder profundizar lo que realmente es el amor en su esencia, puesto que ayudará muchísimo para poder manifestar de cómo tiene que ir creciendo la comunidad conyugal fruto del amor.

El griego es más rico a este respecto: tiene eros, que indica la realidad espontánea del amor humano, y también ágape, el término bíblico que describe el amor que viene de Dios al hombre y del que parte el significado. la palabra "caridad". La diferencia entre estos dos conceptos es secundaria, no tenemos que hacer una distinción absoluta, sobre todo lo contrario. Porque hay una relación íntima y la buena noticia cristiana sobre el amor es en definitiva su unión, es decir, uno refina al otro (Pierre, 1987).

Entonces, ahora vamos a dar una definición desde Deus Caritas Est que nos permitirá comprender mejor: en cuanto el eros manifiesta al « amor entre un hombre y una mujer, que no nace del pensamiento ni de la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al hombre» (DCE 3) y la expresión "ágape como religión del amor fundada y formada por la fe ." expresa la experiencia del amor, que ahora se ha convertido realmente en encontrar al otro, que trasciende la naturaleza egoísta» (DCE 6-7).

Para muchas personas, el cristianismo ha tratado de arruinar al eros cambiándole su verdadero sentido, pero en realidad no, sino que se ha esforzado por darle su verdadero valor y, por tanto, no lo elimina, sino que le da un verdadero enfoque. Cuando al eros se muestra de manera indisciplinada y no está orientado en una dirección correcta, degrada al ser humano. Por tanto, el eros para tener un valor positivo necesita ser disciplinado y purificado y hacerle preguntas a la persona lo más alto de su existencia, a «esa felicidad a la que tiende nuestro ser» (DCE 4).

Así mismo el eros tiene que ser saneado, como ya se decía tiene que ser purificado, pero también tiene que lograr una maduración para que alcance su verdadera grandeza. El hombre en su íntima unidad de cuerpo y alma es quien ama y no de manera desvinculada, el eros es superado cuando se ha logrado entender esta unificación.

Para hablar de un verdadero amor se ha tenido que lograr el éxito del debido proceso que permite llegar a una íntima pureza que conlleva aspirar lo definitivo y esto implica

exclusividad, un amor que está para toda la vida, es decir, para siempre. El verdadero amor nunca es egoísta que se reserva para sí mismo, sino que es manifestado a la otra persona. Pero también no solo es dar, sino que también tiene la capacidad de recibir. Hay una frase que siempre escuchamos decir a la gente: “lo que siembras cosechas. Por tanto, si damos amor vamos a recibir amor.

En este sentido Benedicto XVI en su encíclica *Deus Caritas* nos recuerda «quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don» (DCE 7). El amor no se compra ni se vende, es decir no tiene precio, sino que se cultiva. Y recordemos siempre que el «eros busca a Dios y el ágape trasmite el don recibido» (DCE 7).

Quien vive esta apertura a los demás por amor entra en el mundo de la comunicación que, según el cristiano, procede de Dios mismo. A través de eros, se puede manifestar ágape. Viviendo el verdadero amor en su plenitud, la persona ya renace de Dios, aunque no lo sienta claramente. Refuerza su realidad con su amor. Así Cristo pudo decir de un pecador público que se salvó porque amó mucho. Pero el amor vulgar, eros, no da acceso al ágape sino cuando se ve cambiado, vuelto hacia afuera. Debes negarte a tomar tus posesiones y aceptar que de alguna manera serás recibido, dado como fruto de la gracia (Pierre, 1987).

El ágape en el amor de Dios va más allá de la gratuidad, es un amor que perdona, esto también debe aplicarse entre los cónyuges. Vivir un amor apasionado que perdona, pero esto no significa que porque existe el perdón puedes fallar a la otra persona las veces que a uno de la gana.

El amor conyugal mana de su fuente «Dios es amor» (1 Jn4, 8). Teniendo presente la imagen de donde se produce todo el amor, podemos decir, que tiene sentido una vida plena que ama a pesar de las dificultades. El ágape abre una nueva perspectiva al amor, la manifestación gratuita del don al cónyuge, como respuesta al don gratuito del Dios Trino. El contrayente al saberse amado por Dios, muestra un amor incondicional por su complemento sin esperar nada a cambio.

Pierre, (1987) describe que «toda la riqueza de la llamada de Dios se encuentra en la celebración sacramental, que continúa con la oración. Porque a través de esta comprensión de la presencia de Dios, a través de esta invitación que se les dirige, el hombre y la mujer se abren a la "gracia". Y con eso pueden comprender mejor la dimensión espiritual de su pareja. Así podrán encontrar nuevos motivos para afrontar las dificultades del noviazgo y la fuerza

necesaria para superar los obstáculos» (p.68).

Una relación matrimonial se parece a las estaciones del año, y se preguntará porqué, porque como seres humanos que somos tendemos a cambiar siempre, pero gracias al amor se supera todo. Hay momentos de dificultades, pero de esas lecciones aprenden a fortalecerse y a superarse como esposos.

Así como para la pureza de amor existe un proceso o una transformación, así también para ser esposos se pasa por diferentes etapas: como primera etapa está el conocerse en la cual se entabla un amor de amistad «*philia*» (DCE 3). Luego la etapa del enamoramiento, si este amor se va fortaleciendo, se llega a una etapa del noviazgo; estas etapas han servido para conocerse más a profundidad, para luego dar paso al sacramento del matrimonio del cual estamos hablando.

Para Sicare (1990). «Amar significa ofrecerse al otro, darse al otro abriendo la intimidad, aceptar “perderse en el otro”: el misterio de un “yo” se manifiesta efectivamente ante el otro “yo”, pero sólo al final. momento en que ambos están de acuerdo, que se vuelven completamente “tú”» (p.17). pero también se podría decir en un nosotros, puesto que el amor conyugal trasciende y se expande a la procreación.

No podemos permitir que una pareja se case sin haberse conocido a profundidad o sin haber respetado estas etapas, de lo contrario puede ser que ese matrimonio a futuro termine en divorcio. Porque también debemos de tener en cuenta que, para ser una familia ideal, primero tiene que ser un matrimonio ideal, es decir un matrimonio con buenos sentimientos que sea para toda la vida.

El optar por el matrimonio es un acto de voluntad que surge fruto del amor, primero como un amor espontáneo, al cual, luego debe darse un amor reflexivo, es decir en el uso de razón capacidad de elegir de manera voluntaria, libre y responsablemente (Hervada, 2007).

El matrimonio es sagrado y por tanto debe tomarse en serio el amor que se quiere cultivar como don, no podemos reducir el amor al deseo o simplemente a lo que alcanzan ver nuestros ojos y quedarnos en el aspecto físico, sino que tenemos que mirar lo más profundo de la otra persona, es decir con la mirada de Jesús. No nos enamoramos solo de las cualidades de la otra persona, sino que nos enamoramos de la persona total con quien decidimos casarnos: ofreciéndole una mirada que él o ella necesita.

Según Hervada (2007). «El poder del amor vive en la acción decisiva de la voluntad, a la que la espontaneidad añade ayuda y alivio pero no reemplaza. La victoria o la frustración en la unión de los esposos depende, como lo ha demostrado la experiencia durante tanto tiempo, de la decisión y voluntad para superar problemas en el camino» (p.66).

El amor nunca se considera "hecho" y terminado; cambia a medida que la vida avanza, madura, y precisamente por eso permanece fiel a sí mismo. Los antiguos reconocieron la verdadera esencia del amor como querer lo mismo y rechazar lo mismo: hacer que la semejanza conduzca a un pensamiento y un deseo comunes (DCE 18).

Goff (2003). Expone: «Lo cierto es que el amor puede y debe crecer entre las parejas, adentrándose y transformando cada aspecto de su relación en verdadera felicidad y comprensión» (p.44). Esto significa que los cónyuges deben generar en su relación clima de confianza, confidencialidad y fidelidad mutua, de esta manera cualquier problema que se les presente será resuelto, de manera que no afecte la unión.

«El matrimonio exitoso se nutre de la creatividad y el desafío. Es una habilidad porque se basa en las habilidades que las parejas aprenden escuchándole atentamente y cuidándose mutuamente» (Goff, 2003 p. 42). El amor en el matrimonio debe cultivarse como una rosa del jardín, porque en cuanto se le descuida su relación, el amor se desvanece como la rosa se marchita, los cónyuges son como lo jardinero que se esfuerzan por verlo florecer y dar frutos «el amor crece a través del amor». Como decía san Agustín: “ama y haz lo que quieras”.

CAPÍTULO II

EL AMOR VIENE DE DIOS

2.1. El amor es creador

Partiendo de la «definición de Aristóteles: “amar es querer un bien para alguien” en definitiva, amor que va dirigido a su esencia como conjunto de las virtualidades, a su destino, es decir a su “bien”. Por eso, el oficio y beneficio del amor, el éxito del amor, consiste en realizar ese bien en la persona que amamos, en dar cumplimiento a la aptitud y vocación que ella palpitaba. Amor es, pues, creador» (Cabodevilla,1960 p.120).

El vínculo creado orienta a la pareja hacía un fin común, es decir un vínculo que mira un bien para los dos. Por tanto, una expresión donde se manifiesta la realización tanto del varón como de la mujer. El amor como núcleo de este vínculo permite que estos seres compartan esa mirada hacia el mismo horizonte, donde ambos son capaces de amar, de dejar que el amor del otro toque el corazón en las diferentes circunstancias de la vida y de esta forma sea una relación donde el amor crea sintonía entre esposos.

La elección de la otra persona como complemento de la vida matrimonial, no debe ser en miras de utilidad, en beneficio personal, sino fruto de un amor que mueve a elegir buscando el bien de ambos. El verdadero amor excluye la utilización de la persona, es decir, la persona no debe ser visto como “algo” que a uno permite beneficiarse, sino “alguien” que le permite realizarse (Wojtyla,1978).

El amor realiza tanto al que ama como al que es amado, en esa dimensión de amor descubren el uno como el otro que son amados por un ser trascendental donde tiene su origen ese amor que envuelve esa relación y que orienta a realizar el “bien” en función del bienestar mutuo.

La capacidad de amar está concebida en el entendimiento de Dios que abarca el mundo y que sólo él es capaz de realizar todo partiendo de la nada. Siendo él ese amor absoluto ha querido comunicar al amor humano una mirada de realización que impregna el corazón humano.

Según Wojtyla (1978). «El amor es una acción que dilata la vida al máximo» (p.39). El

amor es lo más grande que puede existir, puesto que la fuente de donde mana la existencia es amor y desde esta dimensión se crea todo como la pareja humana (cf. Gn 1,27) como por amor fue enviado Jesús quien asumió nuestra naturaleza, sin dejar la naturaleza divina para salvarnos (cf. Jn 1,14).

El verdadero amor perfecciona y nos preguntaremos de qué manera, fuimos creados en perfección, pero por la soberbia (desobediencia) del hombre cayó en pecado, pero Dios envió a su hijo para redimirnos, por tanto, el ser humano se esfuerza por alcanzar esa perfección.

Vamos a desarrollar de manera que nos permita comprender mejor. «El matrimonio previsto por Dios, desde el momento en que creó al hombre, varón y hembra, siempre ha tenido estas y muchas otras características. El deseo y la capacidad de varones y mujeres para formar lazos duraderos de amor y matrimonio está escrito en su naturaleza (USCCB, 2006).

Para que sea un verdadero amor en el matrimonio tiene que manifestar los diferentes rasgos que permita ser una relación sólida abierta a la vida, donde no haya preferencia, sino un amor que abarque a la persona en su totalidad.

El amor es gracia de Dios hecho vida en una relación conyugal, un amor que «libera lo que esté encadenado» (Cabodevilla, 1960 p.122). Por tanto, amando en esa relación de amor, se ama también a Dios quien los ama primero y da razón y fundamento al matrimonio. De esta manera podemos decir, que el amor aparte de ser un fruto de la gracia de Dios es también fecundo porque desde su exigencia crea más amor.

Así mismo, cuando en esa relación de amor se entregan los esposos, es una donación total de su ser y de cuanto son: con sus virtudes y defectos. Pero que en esta relación de amor son moldeados como barro en manos del alfarero para construir una familia y dar frutos desde esa entrega amorosa (Cabodevilla, 1960).

En la Conferencia de Obispos católicos de Estados Unidos (2006) «El amor marital es diferente de todos los otros tipos de amor en el mundo. El amor de un hombre y una mujer es de naturaleza tan perfecta, destinado a la unión de por vida con Dios y entre sí, que crea un nuevo ser que amarán juntos. Parte del don de Dios a los hombres y mujeres es la capacidad de cooperar con la creatividad de Dios en ya través de este amor. Así, el don recíproco de la procreación es parte integrante de la fuerza unificadora de la sexualidad conyugal. Este poder de crear una nueva vida con Dios es la esencia que las parejas

comparten entre sí».

La pareja conyugal participa del amor de Dios, recordemos que son quienes dan origen a la familia célula de la sociedad. El matrimonio da origen a la familia y ésta se convierte en comunidad donde la vida comienza y el amor nunca termina. Un amor que crea una comunidad de personas con valores y que son imagen de su fuente divina.

Por tanto, la vida es la expresión máxima del amor. Por eso el amor conyugal «no termina en la pareja [...] Los esposos se dan la realidad de un hijo, reflejo vivo de su amor, signo permanente de la unidad del matrimonio y del uno al otro, síntesis viva e inseparable de padre y madre» (AL 165).

Dios ha creado a la pareja humana, a su imagen y semejanza, llamándolo a la existencia por amor y en esta dimensión vivir y experimentar la gracia del amor. Los cónyuges deben mostrar capacidad de responsabilidad en su vida comunitaria, donde la fidelidad sea expresión del amor mutuo y no un mero cumplimiento, que al final termina siendo un martirio.

Por otra parte, la decisión de formar un matrimonio, es causa de la libre voluntad de dos seres que por amor se eligen cada día y no por la presión de terceras personas que muchas veces buscan intereses materiales. Y es en este aspecto, hay que resaltar que muchas veces son los padres que quieren decidir por los hijos, pensando hacerles un bien, pero en realidad se estaría arruinando esa relación. Claro que se tiene que tener presente los consejos que pueden proporcionar, pero más no ellos decidir.

Una buena elección fruto de la capacidad de saber elegir y de un corazón que sabe amar se determinará como un matrimonio feliz. La pareja busca gozar de una plena felicidad a pesar de los problemas que se presentan en la vida matrimonial. Es decir, los cónyuges deben vivir su amor en comunión con Dios, como soporte la oración que les fortalece siempre en la vida cotidiana, una beatitud que se logra amándose y amando como Dios ama (Chalmeta, 2007).

Para Sánchez (2015). «El matrimonio cristiano simboliza una historia de amor personal que comienza en la creación, alcanza su máxima perfección en Cristo y se desarrolla plenamente en la escatología. Pero el acontecimiento central aquí es el acontecimiento pascual (crucifixión-muerte-resurrección), que nos da la clave de interpretación de los

sacramentos cristianos: a través del cual se puede vencer el egoísmo y abrir el camino a la última esperanza, y la boda es como una memoria. esta semana de resurrección. Esta dinámica en relación a la historia y realidad concreta del matrimonio se logra a través de la tensión con los fascinantes misterios de la divinidad. Un matrimonio verdaderamente vivido revela el rostro de Dios y cobra vida en la sociedad, educando y animando a los demás para que también ellos puedan ser revelación de Dios al mundo» (p.405).

En síntesis, el amor crea en cuanto es verdadero y perfecciona la vida matrimonial, permitiendo la realización plena de los cónyuges. Un amor incondicional como el de Dios, que lo expresa desde el momento de la creación, luego con la humanidad y de manera especial con la pareja humana que tiene la gracia de participar en el plan de Dios, en el sentido que son transmisores de nuevas vidas, fruto del amor recíproco.

2.2. El amor exigente

Para hablar de la exigencia que el amor manifiesta hay que partir o fundamentarse en la primera carta de los corintios donde nos indica que el amor es “paciente, servicial y que todo lo puede” (cf.1 Cor 13 ,4-7) es decir, es un amor que está al servicio de los demás y desde este punto es exigente tanto para el que lo da como para quien lo recibe. Así, sólo quien, en nombre del amor, sabe exigirse a sí mismo, puede exigir a los demás; porque el amor es exigente (Reig,1993). Es necesario que el hombre de hoy descubra que sólo sobre esta dimensión encuentra una base sólida la familia.

Como lo indica San Pablo: el verdadero amor lo soporta todo, todo lo espera, todo lo cree, un amor que beneficia al otro y que a pesar de las dificultades todo lo supera (cf, 1Cr 13, 7). Y sumergiéndonos en el evangelio descubrimos que Dios es amor (cf. 1jn 4,8.16) porque no se reserva nada para sí mismo.

Solo cuando hay un verdadero amor, es una entrega sincera de sí mismo, como lo hizo Cristo al dar su vida por la humanidad, pero al mismo tiempo el hombre está llamado a cooperar y no quedarse con los brazos cruzados (Reig,1993).

El amor expresa su belleza en el hecho de ser exigente, en este sentido constituye el verdadero bien de los esposos y en su forma más amplia irradia también a las demás personas, empezando por los hijos que vienen a ser miembros de la familia como fruto del matrimonio.

En la vida conyugal actúa la fuerza poderosa de Dios. (1 Jn 4,8.16). El núcleo del matrimonio es el mismo amor de Dios que bendice y le fortalece en orden al origen de la familia que vienen a ser hijos suyos.

El verdadero amor rompe todo tipo de egoísmo que desvanece la vida matrimonial y en libertad responsable los esposos actúan de manera que sus actos son de reciprocidad, expresando un amor ágape que edifica su matrimonio.

El amor es exigente y lo pide todo en la pareja conyugal es una exigencia mutua, está resaltado en la reciprocidad, una donación total del uno para el otro, una entrega que no se reserva nada para sí mismo. Un amor que no se reserva y que expresa donación total: “mientras yo viva tú no morirás”, es decir un amor que da todo de sí para que la otra persona exista.

Así mismo el amor tiene exigencia dentro del matrimonio como vivir la fidelidad e indisolubilidad, la castidad y la fecundidad que será un tema que trataremos a más amplitud en el tercer capítulo.

La fidelidad es el compromiso fundamental de la pareja que va casarse ante la santa madre iglesia. ¡Espero que el otro sea completamente para mí y yo para él! Así que lo que se presenta como una exigencia externa sería mi ley de amor. El mayor anhelo es un amor mutuo y sin mentiras (Pierre, 1987 p.9)

No es fácil mantener este anhelo, pero tampoco imposible. En las diferentes manifestaciones de las experiencias que muestran las parejas en nuestra sociedad se ve lo difícil que es vivir de manera auténtica la fidelidad conyugal. La carne es débil y siempre tiende al pecado.

A todos nos gustaría ver ese amor ideal de fidelidad, pero vemos que en las diferentes parejas como esa relación que todo empieza hermoso se va degradando con pasar los años, y nos preguntaremos porqué y en este sentido es necesario la gracia de Dios y que cada día uno renueve ese compromiso por amor.

Así mismo hay que recordar, así como se exige fidelidad, también hay la obligación de separarse del cónyuge adúltero. El amor se debe sumar y no restar, no es posible que uno de ellos esté dando todo de sí, es decir viviendo cristianamente y que al otro no le importe nada por haber roto ese compromiso.

La fornicación y el adulterio son cosas que Dios odia y condena. El profeta Oseas alienta la fornicación, como el vino, y debe quitar la mente (Os 4,11.). Cuando Pablo describe los pensamientos impíos que rechazan a Dios y aquellos rechazados por Dios, el adulterio es una de las primeras características de esa lista. (Rm 1,28-32.).

Pero la Iglesia también invita al perdón, siempre y cuando que el contrayente que ha roto ese compromiso esté dispuesto a una conversión de corazón a partir del reconocimiento de su caída y de la buena voluntad de recomponerse y rectificarse (Pierre, 1987).

La castidad también es una exigencia del amor, en el aspecto que uno se compromete de manera libre a vivirlo. Es posible vivirlo en la vida conyugal cuando se ama de verdad y se desea que sea un matrimonio fructífero.

La castidad simboliza la integración exitosa de la sexualidad en el hombre y por lo tanto en la unidad interior del hombre en su ser físico y espiritual. La sexualidad, en la que se manifiesta la pertenencia del hombre al mundo físico y biológico, se hace particular y ciertamente humana cuando se integra en una relación humana, don común del hombre y de la mujer, temporal y completamente ilimitado (CEC 2337).

Vivir de manera íntegra asegura la unidad del matrimonio, puesto que los contrayentes expresan ese dominio de sí mismos, ese respeto por la otra persona. Vivir la castidad no significa mantenerse fuera de una relación sexual en pareja, sino esa pertenencia mutua que excluye todo tipo de infidelidad.

En las culturas antiguas como en nuestro contexto en el que vivimos y nos movemos manifiestan que para muchos miembros de nuestra sociedad es difícil, pero no imposible y esto lo vemos reflejado en personas que alcanzaron la santidad, fruto del esfuerzo que los lleva alcanzar la perfección.

La castidad es perfecta cuando es vivida de manera libre y voluntaria y no producto de un sometimiento u obligación. Recordemos que es un don de Dios y una gracia recibida por la disposición de la persona que obtiene fruto de un trabajo espiritual, cuesta (cf *Ga* 5, 22). Hay una frase que dice: lo que “cuesta vale la pena”, pero con la ayuda de Dios es liviano y ligero porque no se hace por obligación, sino por amor verdadero.

El amor es vida y está abierto a la vida, el varón y la mujer se casan porque tienen la

misión de procrear. En un matrimonio no se puede excluir la fecundación, de lo contrario estarían contradiciendo el plan divino. El amor exige porque es un bien fundamental que responde a la gratuidad de Dios.

Una donación físico total sería un fraude si no fuera signo y fruto de un don en el que está presente toda la persona, incluso en su dimensión temporal; si alguien se reserva algo para el futuro ya no sería donado en su totalidad. La integridad requerida para el amor conyugal responde también a las exigencias de la procreación responsable, que es en sí misma reproductiva, trasciende el orden puramente biológico e incluye una gama de valores personales necesarios para un crecimiento armonioso. El aporte constante y consistente de los padres es esencial (FC 11).

Por tanto, «el único “lugar” que hace posible esta donación total es el matrimonio» (fc 23) fruto de la voluntad y de la libre elección del cónyuge, se compromete a ser fiel y dentro de esa fidelidad vivir la castidad. es decir, se expresa un amor único y exclusivo que responde fielmente al amor de Dios.

Es triste ver muchas familias rotas y no podemos ser indiferentes ante estos fracasos cotidianos de matrimonios civiles, como cristianos celebrados por la iglesia católica y producto de estos fracasos, las parejas cada vez menos quieren casarse en una comunidad eclesial. (Sánchez, 2015).

Frente a esta situación tenemos que cuestionarnos como iglesia en qué estamos fallando, qué es lo que podemos hacer para evitar el fracaso de los matrimonios o es qué aquellas personas no tuvieron claro lo que verdaderamente querían, fue fruto del amor que decidieron casarse o es qué hubo intereses personales.

No se puede permitir la celebración de matrimonios por tradición o por interés personales. Parece en el contexto cultural están indisolublemente ligados al formato de la celebración, lo que hace que la ceremonia a veces esté tan alejada de la experiencia de la nueva pareja que pierde su significado profundo y se convierte en algo simple actividad social. Pero cómo percibir si desean casarse verdaderamente por amor, es un reto porque no logramos leer el corazón humano, ni ver lo que realmente piensa, pero sí podemos asegurarnos de que saldrá bien a partir de un conocimiento a la pareja, de una preparación de la liturgia y de un acompañamiento continuo. Es decir, verlos “comenzar una vida juntos con amor, con decisiones y con responsabilidad, sin importar lo que suceda en su camino (Sánchez, 2015).

Como iglesia se tiene la responsabilidad de estar pendientes de aquellos matrimonios celebrados, puesto que están en orden al origen de la familia. Estaremos seguros que hemos formado matrimonios con bases cuando veamos que se cumplen aquellas exigencias por amor que construyen su vida matrimonial y que son un modelo de familias para nuestra sociedad.

2.3. Amamos con el mismo amor de Dios

Según Reig (1993). «El matrimonio es santo. El amor, pues, que a él conduce es santificable y puede llegar a ser santo y hasta santificante» (p.476) Es decir, es como aquella luz que nos conduce en medio de la oscuridad a poder llegar o alcanzar la meta a la cual nos proponemos llegar.

El amor humano está inmerso en el amor divino quien lo lleva a la plenitud a la vida matrimonial. El hombre por naturaleza está inclinado al pecado, por eso en su personalidad expresa sus defectos, pero por gracia de Dios también goza de un potencial de virtudes que lo inclinan a la perfección. Por tanto, el matrimonio es santificado por el amor infinito de su fuente divina.

Así mismo, «El amor del hombre y de la mujer no es algo que asciende desde las formas inferiores de la sexualidad animal, sino algo que desciende de Dios» (Reig, 1993 p.479). Es decir, el hombre es único ser racional en la tierra ya que goza de una cierta potestad que Dios le concede al crearle a imagen y semejanza. Como ya se indicaba anteriormente, el hombre no es fruto del azar, sino del amor de Dios, es decir viene de Dios, pero también se dirige a Dios su creador. Y de manera especial la pareja expresa su agradecimiento amando verdaderamente.

Pio XII entendía así el amor cuando recomendaba a los recién casados: «penetrar en el matrimonio como en un santuario de la santísima trinidad» (Reig, 1993 p.480). Esto hace referencia a la sacralidad que manifiesta el matrimonio donde se manifiesta esta comunión de amor en los cónyuges teniendo en cuenta el modelo de comunión divina.

El amor es sagrado, por tanto, no se debe profanar y el matrimonio es ese ámbito de encuentro de los cónyuges donde manifiestan su amor mutuo que en esa reciprocidad elevan a Dios lo más sagrado de sus vidas. El amor se profana cuando uno de los cónyuges es infiel a su pareja. Por tanto, el amor debe ser respetado y venerado por ambos contrayentes del matrimonio.

De esta manera, «bañados por la luz del amor, él presenta su faz limpia y nobilísima: se refleja de ese amor superior que crea y redime a los amores» (Reig, 1993 p.480). Por tanto, el matrimonio es consagrado en el amor divino.

Los cónyuges al sumergirse en el amor, no deben de contradecir a las exigencias del amor porque el amor busca purificar nuestras vidas y elevarnos a la perfección. Todo lo que se realice por amor dentro de una relación conyugal estará edificando el matrimonio.

En el amor hacia el prójimo reflejamos que somos imágenes del creador porque él es el origen y fundamento del amor humano, solo en el amor tiene sentido lo que hagamos, recordando a San Agustín “ama y haz lo que quieras” nos lleva a tener la certeza que el amor es la razón de los demás actos que realicemos.

Es así, que estamos llamados a manifestar nuestro amor hacia los demás, como Dios lo hizo con nosotros y de manera especial una invitación a los esposos, a realizarse en esa donación total como Cristo lo hizo por la humanidad hasta entregar su vida en la cruz. Y estamos maravillados al saber que «Jesús, a la vez que instaura el amor divino, restaura el amor humano» (Reig, 1993 p.481).

La Arquidiócesis de Milwaukee expone: En el A. T. el casamiento es una insignia de la alianza que Dios tiene con la humanidad que es su pueblo. La Palabra eterna de Dios, encarnada en Jesús, unió la naturaleza de Dios en nosotros a través de una unión de amor que produjo la vida divina que cambió el mundo. En la cruz, Cristo mostró la grandeza de su amor por nosotros y dio su vida para que pudiéramos ser salvos del pecado y de la muerte. Como esposos fieles en la vida matrimonial, mostramos el mismo amor sacrificial que Cristo amó a su esposa. Por lo tanto, el matrimonio no es solo para la pareja, sino para toda la iglesia y el mundo entero.

Entonces, el amor de Dios manifestado por medio de Jesús a la humanidad, hace comprender que el padre ama sin reservas, porque Cristo siendo Dios asumió la naturaleza humana para salvarnos. Un vaciamiento total que expresa amar hasta el extremo, es un modelo para la pareja humana que debe amar hasta dar la vida por la otra persona.

Necesariamente porque el amor de los cónyuges es una especial cooperación en el misterio de la vida y del amor de Dios, la Iglesia sabe que le ha sido encomendada una tarea especial para conservar y salvaguardar la dignidad del matrimonio y una serie de

responsabilidad en la transmisión de la vida humana (FC 29).

Un matrimonio con bases expresará ese verdadero amor en la vida de la iglesia, pero la iglesia también tiene la responsabilidad de velar por el bienestar de los matrimonios. Tanto la iglesia como los matrimonios tienen que andar de la mano porque son dos soportes que están de manera articulada y no desvinculada, ambos tienen una dependencia.

Reig (1993) afirma: «Cuando se alcanza el núcleo de la idea cristiana sobre el matrimonio, cuando se obtiene la paz, es cuando se comprende la profunda unidad en que Dios ha fundido los dos amores» (p.481). Por eso, es importante comprender que el amor conyugal tiene por objeto glorificar el amor divino y amarlo «con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente» (Mt 22,37).

Amar a los demás en Dios significa que no estamos separados del amor divino, sino que amamos con el mismo amor con el que Él nos ama. En este amor recíproco, los esposos responden y cooperan con la gracia. De esta manera, si se aman correctamente es porque están inmersos en el amor divino que manifiesta amor, pero que al mismo tiempo él es “amor”.

Cristo es la máxima expresión del gran amor de Dios por el mundo y él nos enseña “amar como él ha amado” (Sicare, 1991 p. 48). Es decir un amor que nos pide dejar muchas cosas por estar con Jesús. Así mismo en el matrimonio para amar de verdad se tiene que dejar cosas que no dejan realizarse como pareja, como por ejemplo el mismo Génesis lo indica “el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su esposa”.

Es importante comprender que dejar a los padres no implica desvincularse totalmente de ellos, sino que como esposos se tienen que asumir las responsabilidades de la nueva familia. pero también hay otras cosas de las que deberían desligarse totalmente como por ejemplo en el que uno de los contrayentes sea consciente que tienes vicios o malos hábitos.

Porque como pareja se unen para escribir juntos una historia de vida con ese lápiz del amor y como esposos necesitan cambiar en los aspectos que no son de ayuda para su matrimonio. Y la única manera de lograrlo es mediante el diálogo, abrirse el uno al otro para que pactando un acuerdo se tome decisiones fructíferas.

Amado en el amor que Dios ama, los cónyuges ya no son dos amores, sino un único y solo amor que ama, como el mismo amor por el que son amados por Dios. Por tanto, si dos

esposos se aman profundamente, tendrán como núcleo de sus vidas a Dios de quien participan y de quien procede el amor (Reig, 1973).

Por tanto, el sacramento del matrimonio tiene sus raíces en la experiencia humana del amor. Nacimiento experiencia, libertad, pleno respeto por uno mismo, intimidad, sumisión mutua, alegrías y dolores de la vida, renuncia incondicional y extensión. Este amor por dos vidas puede convertirse en una situación fundamental con un rumbo la existencia: tú y yo estamos decididos a compartir nuestras vidas juntos (Sánchez, 2015).

En el evangelio de Lucas, Jesús manifiesta que nos ama como el Padre amó a él y nos invita a guardar sus mandamientos para permanecer en su amor para que de esta manera el gozo nuestro sea colmado y presenta su mandamiento: que nos amemos los unos a los otros como él nos amó (Lc 15, 9-13).

Por tanto, los cónyuges tienen que amar con ese mismo amor que Dios manifestó a través de su hijo Jesucristo y permanecer unidos a él a través del amor y de esta manera viviendo en comunión en un amor auténtico que refleje felicidad ante la comunidad cristiana y en el ámbito o lugar que se muevan.

Por otro lado, el apóstol san Pablo alienta el amor conyugal, como Cristo amó a su iglesia y dice: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificando con agua, en virtud de la palabra» (Ef 5,25-26).

Menciona el Papa Pablo VI en la encíclica *Humanae Vitae*: para que el amor conyugal sea auténtico, debe ser reflejo de su fuente divina. Porque la llamada al amor brota del amor más alto, que es Dios (cf. HV, 8). Por tanto, si el amor humano es fundamentalmente diferente del amor divino, no es amor verdadero. Por tanto, ningún problema en el amor conyugal puede considerarse "fuera de la visión del hombre y de su vocación, no sólo natural y terrenal, sino también sobrenatural y eterna" (HV, 7).

2.4. Evolución del amor (Dilatación)

Vamos a partir desde una interrogante que se plantea el autor «¿un Hombre o una mujer profundamente enamorados pueden querer de veras a otros seres, extraños a la mujer o al hombre al cual han consagrado todo el amor de su corazón?» (Reig, 1993 p.455).

Desde una perspectiva teológica podemos afirmar que sí, puesto que el amor no es egoísta, tal vez en sus primeras etapas de enamoramiento por pensarse que el amor se puede reducir a un ámbito de dos. «Pero si el amor conyugal, aunque pierda fervor, va ganando en profundidad, no hay duda de que esta lenta asimilación de los efectos del otro irá catequizando y configurando nuestro amor hasta dar cabida a otros seres que él legítimamente estima» (Reig, 1993 p.456)

El amor no se reduce a un tipo de relación, sino que trasciende hacia el exterior y de este modo hacia la totalidad de los seres. Cuando uno expresa un “te amo” quiere decir: que lo ama en la totalidad de su ser, pero que lo realiza a través de cuanto existe. Así mismo, podemos decir que el amor no se puede encarcelar, sino que desde esa dimensión que los cónyuges se aman trasciende hacia los demás seres.

Entendiendo que el amor humano con que se ama, tiene su origen en el amor absoluto llegamos a tener esa experiencia que el amor no disminuye, sino que son las personas las que muchas veces se dejan de amar. «La familia no puede quedar cerrada en sí misma, por razones esenciales: porque pecaría contra el amor» (Reig, 1993 P.459). Es decir, el amor irradia calor humano en cuanto se abre y acoge a los demás desde una órbita solidaria.

El amor es como una semilla que se sumerge en la profundidad del ser y si cae en tierra fértil da buenos frutos, de lo contrario no llegará a evolucionar o a crecer o si llega a crecer no llegará a producir lo que deseáramos ver. Así mismo, si esta semilla llega a germinar va convertirse en una planta, pero esta planta necesita ser cultivada y regada para producir los frutos que el sembrador espera. Lo mismo es el amor en las personas y depende de uno si ese amor evoluciona o llega a una cierta etapa y se desvanece y queda estancado sin alcanzar a donde uno desearía que llegara a dilatarse.

Por tanto, vamos a ver como el amor va evolucionando desde un encuentro hasta llegar a la vida matrimonial en el cual verdaderamente va expresar una dilatación en orden a la familia.

Para que el amor se expanda, debe nacer de un encuentro, todo tiene un comienzo, del cual nacen lo esperado y lo inesperado. Un encuentro que nos haga «autoconscientes, que nos permite existir como seres humanos» (Sicare,1990 p.13).

Encuentro que permite un reconocimiento del valor de la otra persona, pero también un

conocerse a sí mismo. Desde esta dimensión valorar la dignidad que caracteriza como ser humano y que solo siendo humanos se abre a otro ser humano para un conocimiento mutuo y saber para que uno existe.

Así es, como Sicare (1990) expone: «El ser persona humana con dignidad plena, evidentemente es un hecho que precede a la relación con los demás, pero sólo a través de algunos encuentros verdaderos nos damos cuenta de lo que significa serlo. De hecho, a partir de tales encuentros uno puede finalmente encontrar respuesta a las preguntas más profundas: ¿quién soy? ¿para qué existo? ¿para qué valgo? ¿cuál es entonces el sentido de mi libertad» (p.13)

Son preguntas fundamentales que desde nuestro ser nos permiten ver quien somos, que podemos ofrecer y como dice una frase: “nadie es tan pobre como para no ofrecer algo, como nadie es tan rico para no necesitar de alguien”, pero solo desde una libertad responsable podemos actuar y elegir en un sentido correcto.

Por tanto, el abrirse en un encuentro permite reconocer el precio del otro y de uno mismo, cada vez que se manifieste esa complicidad se podrá ver si uno puede ser capaz de apostar todo por ver evolucionar ese amor que los une como personas. El encuentro y el reconocimiento mutuo pueden conducir al romance, que se manifiesta como un paso hacia la vida matrimonial. Un encuentro amoroso que une la existencia de dos seres que se atreven a aceptar al otro como parte de su existencia.

La experiencia del enamoramiento debe ser una etapa que se debe valorar, es decir tener presente por qué me enamoré de la otra persona. Ver si estamos yendo en un sentido correcto, es decir, la quiero por lo que es o por lo que tiene, por su físico o amo a la persona en su totalidad.

Por tanto, «amar significa ofrecerse a otro, darse a otro abriendo la intimidad, aceptar "perdersé en otro": el misterio del "yo" se manifiesta efectivamente ante el otro "yo", pero sólo en el momento en que acceden plenamente a convertirse en un “tú”» (Sicare,1990 p.17). Es esencial saber que son un nosotros y que en sus diferencias superan todo egoísmo que se contrapone al amor.

El enamoramiento es ocasión para reflexionar sobre la propia vida y el destino, es también darse cuenta si se está viviendo una verdadera relación de amor o se está llevando a

cabo de modo narcisista y egoísta. «El enamoramiento es una fuerza, pero exige una promesa y una decisión de amor; y el amor es un trabajo y una tarea aceptadas para toda la vida, a cualquier precio» (Sicare,1990 p.23).

La etapa del enamoramiento en un primer instante podríamos así decirlo es como una emoción, pero luego se convierte en una decisión, es decir que puede quedarse estancado o seguir. El continuar o desistir tiene que ver mucho de cómo se ha vivido en esta etapa. Si esto funciona veremos que se da paso a una nueva etapa que viene a ser el noviazgo que manifiesta una preparación para el matrimonio.

Entonces el noviazgo es un tiempo de preparación, conocimiento mutuo a profundidad. La iglesia está dispuesta acompañar en su preparación para que en el futuro sea un matrimonio que expresa formación y modelo para quienes deseen formar una familia.

«Cuando están saliendo, es importante ser honestos el uno con el otro sobre su vida y su pasado. Debes ser claro y decir la verdad en todo momento. Pablo dice que el amor se regocija en la verdad (1 Co 13, 6). No hay amor verdadero sin verdad» (Peña,2009 p.9). Es decir, la verdad vendría a ser como el agua que permite crecer a una planta, la planta sin agua muere y el amor y sin verdad desaparece.

Por tanto, es fundamental como pareja buscar espacios que alimenten su relación, como orar juntos, cocinar juntos, etc. es decir hay muchos gestos que pueden fortalecer su amor. Y no olvidemos que la comunicación es fruto de la confianza que permite expresar lo que está pasando y de esta manera poder fortalecer y conseguirlas para beneficio mutuo.

Una vez que han pasado por estas diferentes etapas y que se hayan vivido de manera correcta y responsable se puede decir que una pareja está lista para la vida matrimonial. Recordemos que el matrimonio es para toda la vida y si se casan es porque han descubierto que son felices y pueden ser felices a pesar de las dificultades; pero no se casan para ser felices, sino que contraen matrimonio siendo felices.

Por ello, en el matrimonio se manifiesta la dilatación del amor, amor que no se reduce a la pareja, sino que se expande a los hijos, amor incondicional y gratuito en el matrimonio, pero en orden a la familia, es decir «Entonces, decidir casarse muestra una decisión real y práctica de cambiar dos caminos en uno solo, independientemente de lo que pueda suceder y de lo que sea» (AL 132).

Los pequeños gestos o detalles fortalecen y alimentan el amor cada día, permitiendo una verdadera solidificación de la relación conyugal. Ser generosos en la manera como uno se expresa ante la otra persona, recordemos que las palabras pueden edificar como también destruir. Cuando se expresen palabras bonitas que no queden encerradas en sí misma, sino que trascienden en los actos. Por tanto, palabras y obras deben ir de la mano para sustentar mejor el amor incondicional y gratuito.

Entonces para Hervada (2007). El momento del matrimonio es el momento de la elección perfecta, el último momento de la elección. La licencia de matrimonio representa la decisión final y perfecta de aceptarse mutuamente y crear una relación de amor perfecta. El matrimonio es un desarrollo normal de un comportamiento e inmutable o la inclinación natural de la naturaleza humana hacia la unión de un hombre y una mujer para dar a luz hijos, según las necesidades del sistema en esta cultura. Este propósito administrativo se resume en las tres bendiciones del matrimonio: alianza conyugal, procreación y fidelidad.

En el contexto de estas etapas hay dos dimensiones importantes que no debemos olvidar y que fundamentan a un amor verdadero en el matrimonio: como movimiento espontáneo o como movimiento reflexivo. Por una parte, se origina de manera espontánea el movimiento amoroso en el amante hacia la persona que va ser amada. Aunque el movimiento del amor y el comportamiento lleva a otra idea, al pensar o controlar la mente. Estos dos movimientos del amor no deben entenderse como dos partes completamente separadas, sino de una manera bien definida. El matrimonio tiene que ser fruto de ese movimiento espontáneo, pero también de ese movimiento reflexivo para que sea más perfecto y sobre todo tener en cuenta que la voluntad es quien impulsa a estos dos movimientos (Hervada, 2007).

Nadie ama si no es movido por la voluntad, el éxito o el fracaso depende mucho de la decisión de la voluntad y de la capacidad de superar las diferentes dificultades que se presentan en el camino. Por eso: “Este crecimiento y cambio en el amor sólo es posible si su experiencia matrimonial está íntimamente relacionada con la experiencia cristiana que nace de la vida amorosa. Victoria pascual del amor de Dios sobre toda infidelidad o falta de amor humano» (Sánchez et al., 2015 p. 338).

2.5. El amor lo es todo

El amor es el motor en la vida conyugal, puesto que el amor es el que mueve para amar

y ser amado. Sin amor no tendría sentido la existencia, y por qué digo esto, porque todo bien se realiza en función del amor. Entonces, el amor siempre busca el bien, «la caridad no hace daño al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su totalidad» (Rm 13,10).

El amor no busca hacer daño, sino la realización como persona al ser amado. En el matrimonio, antes, durante y después debe estar siempre presente dos preguntas que debe tocar lo más íntimo del corazón de los cónyuges: “¿cuánto amo? Y ¿cuánto quiero ser amado? dos variables que interpelan a la persona de cuanto da y cuánto quiere recibir. Aunque el verdadero amor da sin esperar nada a cambio, pero por naturaleza sabemos dónde sembramos cosechamos y a veces más de lo esperado (Sicare, 1990).

En una relación conyugal donde queremos ver el amor en su máxima expresión, se tiene que sumar todo lo que busca el bien, restar lo que, degrada el amor, dividir los problemas para una mejor solución y multiplicar lo que hace feliz a los cónyuges.

Quien ama, tiene que hacerlo en su totalidad y amar a la totalidad a quien se dirige: «amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6,5). Cómo podemos decir, amamos a Dios si primero no amamos a quienes están más cercanos a uno, y en este contexto del matrimonio el cónyuge viene hacer también mi prójimo. Por tanto, no se puede decir amo a Dios si primero no amas a tu esposa o esposo.

El verdadero amor se ve reflejado en las situaciones difíciles, donde muchos no serían capaces de dar todo para ganarse todo. Cristo nos enseña que el amor lo es todo y lo expresa esta enseñanza al dar su vida por la humanidad.

En tu vida matrimonial ¿Serías capaz de hacer algo similar por tu cónyuge? El apóstol San Pablo en su epístola a colosenses nos indica que el amor lo es todo porque todo lo puede y sobre todo recordar que Dios es amor y si el matrimonio se pone en manos de su fuente, el amor lo sostendrá para siempre.

Para Goff (2003). «Lo cierto es que el amor puede y debe crecer entre las parejas, adentrándose y transformando cada aspecto de su relación en verdadera felicidad y comprensión. El camino a esta esperanza puede ser Roberto Elliot Fitch cuando dice: El amor está envuelto en valentía, endurecido por el trabajo, probado por el sufrimiento, suavizado por la mansedumbre, fortalecido por la alegría» (P.44).

La enseñanza del amor en el matrimonio debe nutrirse "por el ejemplo del amor de Yahvé por su pueblo, el hombre debe buscar la felicidad de su esposa. Dios no se reservó el poder de querer, pero lo declara en el pacto. El amor siempre ha estado involucrado en el poder del amor del que Dios habla» (Larrabe, 1986 p. 23). En el Nuevo Testamento sobre todo en los evangelios se manifiesta el amor de Dios a través de su Hijo Jesucristo como ya lo vimos anteriormente. Por tanto, el amor matrimonial es dignificado y exaltado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

La persona humana en la capacidad de amar que recibe de Dios y en la relación con los demás, de manera especial en esa relación conyugal alcanza su perfección en la medida que más ama (Cf. GS 25). El amor es fundamental en cada ser humano y Dios ha puesto esa vocación innata del amor en el corazón del hombre para amar y ser amado (Cf FC 11) y con ayuda de la gracia expresar su amor al creador en la totalidad de su ser como persona.

En un estado de completo amor, San Pablo lo explica bien y nos dice que podemos desarrollar diversas habilidades y destrezas, pero si el amor no tiene su significado, de nada sirve. Y ella dice: «Aunque tuviereis plena fe para remover montañas; si no tengo amor, nada soy. Aunque entregue toda mi belleza, quemé mi cuerpo con fuego, si no tengo amor, nada me ayudará.» (1 Cor 13,2-3).

Así mismo en el matrimonio pueden hacerse muchas cosas, pero si no se hacen con amor de nada sirve, tarde o temprano se convierte en rutina y termina afectando a la vida conyugal. En el momento que el amor es forzado, todo cambia y cuando todo cambia todo marcha mal. Por tanto, el amor se debe cultivar y tener como eje el amor de Dios que fortalece.

San Pablo describe algunas de las características del verdadero amor en el llamado himno del amor, en cuanto muestra que lo es todo: «El amor es paciente, es bondadoso; el amor no es celoso, no es jactancioso, es hermoso, no busca vuestro interés, no se enoja, no se preocupa por el mal, no se regocija en la injusticia, se regocija en la verdad y perdona todo» (1 Cor 13,4-7).

No podemos caer en el error de entenderlo de manera literal este texto, de lo contrario estaríamos incitando a cometer aberraciones como personas. El himno de la caridad expresa una inmensa riqueza que permite enriquecer la vida de cada persona como ser social, pero de manera especial en el matrimonio que muchas veces se olvida vivir el verdadero sentido del amor.

El amor en este contexto se traduce como caridad en cuanto se manifiesta en su máxima expresión que mueve da sentido a todo lo que se pueda realizar y como ya lo decía San Agustín: “ama y haz lo que quieras”. Por tanto, si uno ama siempre va realizar el bien y evitará el mal y en este sentido será feliz porque permite ser feliz a los demás.

La paciencia es una cualidad de Dios y lo vemos manifestada en la antigua alianza como en la nueva alianza. Una paciencia fruto de su misericordia con el pecador, esto manifiesta su verdadera grandeza (Cf AL 91). En el matrimonio también debe manifestarse esta cualidad para una mejor relación conyugal.

Es amable, en el sentido que es servicial «Indica que el amor favorece y suscita a los demás» (AL 93). El amor beneficia siempre y cuando expresa reciprocidad. Por tanto, el amor en el matrimonio debe ser mutuo en orden a una familia ideal.

El amor siempre busca y hace el bien y por eso se opone a la envidia «mientras el amor nos saca de nosotros mismos, la envidia nos hace centrarnos en nosotros mismos» (AL 95). El verdadero amor en pareja celebra los logros y éxitos de su cónyuge y le ayuda a realizarse como persona en la sociedad y en concreto en su hogar.

Así mismo, el verdadero amor que se contrapone a la envidia tiene una amplitud, en el aspecto que se alegra por el logro de los demás para la construcción de una mejor sociedad. En resumen, cumple los dos últimos mandamientos de la ley de Dios: “No codiciarás las riquezas de tu prójimo y no desprecies a la mujer de tu prójimo ...» (Ex 20,17). El verdadero amor manifiesta la valoración del otro como ser humano, permitiéndole ser feliz. Amar al otro que viene a ser esposo o esposa, es mirarla con los ojos de Dios, una mirada de ternura.

Quien ama de verdad no hace protagonismo para que la gente le aplauda, sino que en su humildad expresa lo más íntimo de su amor a su complemento. Jesús aplaude el gesto de la humildad y manifiesta: «El que entre vosotros es el primero será vuestro servidor» (Mt 20,27). Así mismo, en el matrimonio tiene que haber siempre ese gesto de amabilidad, no actuar a la rudeza, sino un trato de cortesía

Esto permite comprender que en el matrimonio no se puede permitir violencia, sino que se tiene que vivir ese clima de amor y ternura. Es decir, no dejarse vencer por la ira que puede llevarnos a cometer mucho daño a otros (Rm 12,21). Sino que al contrario tenemos que esforzarnos por hacer siempre el bien (Ga 6,9).

Ante los problemas que muchas veces salen del control se tiene que saber perdonar, así como Dios perdona a la humanidad, no se puede permitir que el rencor gane espacio en el corazón humano. Esto significa, que se debe comprender la debilidad de la otra persona, es decir ponerse en el lugar de la otra persona (AL 105). Jesús es el mejor ejemplo de perdón y nos enseña a tener un corazón misericordioso, desde la cruz manifiesta que no es imposible perdonar y dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34).

Asimismo, Peña (2009). Enfatiza «El perdón es amor, y el amor es perdón. Además, amar significa aceptar al otro tal como es. Aceptarlo en su grandeza y pobreza es una de las mayores expresiones de amor. Esto incluye perdonarle sus gustos y aversiones, así como ayudarlo con su buen carácter y su capacidad para mejorar. Y esto debe hacerse de dos maneras. Amar significa tolerar las diferentes opiniones de los demás. Te pones en sus zapatos y ves las cosas desde su punto de vista. Esto significa centrarse más en lo positivo que en lo negativo. Ella confía en él pase lo que pase. El amor implica confianza y permite que el otro crezca en todo su potencial. Tienes que darle su espacio y puedes dejarlo libre para sus intereses e intereses siempre y cuando esto no interfiera en el camino del matrimonio y el amor familiar» (P.19-20)

Amar es ayudar a ser una mejor persona al otro y estar en la buenas y en las malas, pero siempre haciendo triunfar el bien por encima del mal. Por tanto, tiene que haber confidencialidad no ocultar secretos, no ver al otro como alguien distinto, Jesús es bien claro al decir: «Ya no os llamaré esclavos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; les llamo amigos porque les he informado todo lo que he escuchado a mi Padre» (Jn 15,15).

Todas estas características hacen posible en el matrimonio poder vivir un amor agapé y oblativo expresado en la alegría y belleza de la vida cotidiana donde cada día haya una mutua elección de los cónyuges. Por tanto, viviendo en este ámbito de realización plena, se puede decir que verdaderamente se está permaneciendo en el amor de Dios (Cf.1Jn 4,16) y que se está amando a Dios, no solo con el corazón sino en la totalidad de la persona a la totalidad del misterio divino (Cf. Dt 6,5).

Según, Guillem (2012). «El destino del alma es alcanzar la felicidad experimentando con el amor incondicional, según la decisión de su propia voluntad. No hay desarrollo sin amor. Sin amor no hay sabiduría. sin amor no hay felicidad. Entonces, el amor lo es todo y sin él no se es nada. Y, por lo tanto, la felicidad completa en una relación solo es posible cuando existe

una afinidad interior completa y un verdadero sentido de amor mutuo, mutuo y libre» (p.13).

2.6. El bien común del matrimonio y la familia

El bien común es fruto del verdadero amor que se vive en el matrimonio y en la familia, y esto no se reduce solamente a este ámbito, sino que se refleja al ámbito de la iglesia y de la sociedad.

Y siempre se ha manifestado que la familia es la célula de la sociedad, por tanto, tiene que tener una base sólida y ésta lo encuentra en la buena formación de los matrimonios. Si no se forman matrimonios como Dios manda, no se obtendrán familias con una base sólida y si no tenemos familias ejemplares con buena base y formación, por tanto, no obtendremos una sociedad más justa y más humana.

El matrimonio y la familia tienen su origen en Dios «a imagen de Dios los creó, macho y hembra los creó» (Gn 1,27). Y fueron creados para compartir sus vidas y complementarse como pareja «por eso el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su mujer y se hacen una sola carne» (Gn 2,24).

Así en la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos (2006). se expone que «El plan de Dios para la vida conyugal y el amor es más rico y gratificante. En él, la intimidad es fuente de placer y disfrute, lo que ayuda a los cónyuges a dedicarse por completo el uno al otro a lo largo de su vida». Los esposos ante el altar expresan su libre voluntad y disposición de amarse durante la vida y estar abiertos a nuevas vidas y a la educación de éstas. Y, por tanto, sellan su afecto y responsabilidad mediante su unión sexual.

Por tanto, a través del consentimiento concretan lo que compone el bien común del matrimonio y de la familia. Ante todo, el bien común de los esposos, expresado en la vivencia del amor, la mutua fidelidad y la indisolubilidad que expresa la permanencia de la alianza hasta el lecho de la muerte.

El amor entre los cónyuges, expresado en una relación sexual, hace subir al cielo el cuerpo humano. El éxtasis que acompaña a la alegría de las relaciones sexuales puede compararse con la felicidad de la vida eterna. En tal sentido, la actividad sexual de los esposos que se aman permite comprender la dulzura del encuentro con Dios.

Es una donación total y mutua de la masculinidad y feminidad como se expresa en el

encuentro de Adán y Eva. A partir de ese encuentro surge el término “conocimiento” que tiene una raíz que significa “nacer juntos”. Es decir, compenetrarse recíprocamente (Sicare, 1990). Por tanto, son dos en uno con la mirada hacia un mismo horizonte que comparten sus bienes, tanto lo material como lo espiritual y que esto llevará a expresar como Jesús: «todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío» (Jn 17,10).

Según, Hervada (2007). «El hombre y la mujer se complementan -en relación el uno al otro- en el sentido del matrimonio y en el orden de los fines del matrimonio; en otras palabras, los cónyuges se completan para el matrimonio y el nacimiento y educación de los hijos, la ayuda mutua y la corrección del deseo» (p. 143).

Es una entrega total si cumple con estos tres fines, y si niega el fin de la fecundación estaría yendo contra el plan divino, y por tanto este matrimonio podría ser nulo. La pareja humana ha sido creada a su imagen del creador para ser procreadores y colaboradores con el proyecto de Dios.

La fecundación tiene su fundamento desde sus orígenes y los bendijo Dios: «sean fecundos y multiplíquense...» (Gn 1,28). Así mismo Dios bendijo a Noé y a sus hijos, y les dijo: «sean fecundos y multiplíquense y llenen la tierra» (Gn 9,1). Estos textos manifiestan que la fecundación a la vida es un don y una misión que Dios encomienda al hombre y que éste no está a la intemperie, sino que es bendecido por Dios, por tanto, recibe la gracia de procrear.

Por tanto, «el matrimonio y el amor conyugal están destinados por su propia naturaleza a engendrar y nutrir la descendencia» (GS 50). Y recordad que los maridos «glorifican al Creador y se perfeccionan en Cristo cuando cumplen su función de dar a luz con una responsabilidad generosa, humana y cristiana» (GS 50).

Es así que, la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos (2006) expone «Suprimir la procreación con métodos anticonceptivos es cerrarse al significado inseparable a la sexualidad marital y debilita la convivencia de los esposos. La entrega completa de una persona a su esposo, en cuerpo y alma, no es el momento de decir: "Te doy todo lo que soy, excepto..." La enseñanza de la Iglesia no es sólo seguir la norma, sino también conservar el don recíproco y perfecto de dos almas en su moralidad».

El amor de los esposos está ordenado a procrear nuevas vidas y como padres tienen la responsabilidad de aceptarlos con generosidad como parte de sus vidas. Los esposos como cristianos no pueden ir contra el plan divino, no pueden oponerse a la vida, a la Iglesia:

«Recordad que no puede haber una verdadera contradicción entre el cuidado obligatorio de la vida y la verdadera promoción del amor conyugal» (GS 51).

Así también, la Iglesia enseña y proclama que «todo acto matrimonial, en sí mismo, debe quedar abierto a la transmisión de la vida (HV 11)» (CEC 2366).

Por otra parte, vivimos en un contexto donde se quiere justificar el uso indebido e inmoral de los anticonceptivos, que se pretende justificar con la excusa del crecimiento de la natalidad. Es decir, personas que entre comillas se manifiestan como responsables, pero en realidad no, porque están yendo contra la vida, contra el plan divino.

Frente al uso inmoral de los anticonceptivos, la iglesia invita a practicar los métodos naturales, es decir una planificación familiar natural que no va contra la ley divina. «Los métodos de planificación familiar natural incluyen educación sobre fertilidad que capacita a las parejas para trabajar con los cuerpos que Dios creó» (USCCB, 2006). Expresa también el método natural de "respetar el cuerpo de los cónyuges, promover su afecto recíproco y promover la educación de la verdadera libertad» (CEC 2370).

La tarea de los cónyuges no es sólo reproducirse, sino también dar a sus hijos una educación integral. «La familia no puede dejar de ser un lugar de apoyo, acompañamiento y orientación, aunque tenga que reinventar sus técnicas y hallar nuevos recursos. Debes pensar a qué quieres exponer a tus hijos» (FC 260).

CAPÍTULO III

MATRIMONIO COMO VOCACIÓN

3.1. Una sola vocación

Es importante comprender que «la palabra “vocación” (del latín “vocare” = “llamar”) significa etimológicamente llamamiento de una persona por otra y su deber es responder» (Wojtyla, 1978 p.132). Es decir, Dios como persona divina llama al ser humano a una determinada misión y el ser humano responde de manera generosa al llamado de Dios, para participar y continuar con el plan divino de Dios en este mundo terreno.

Por tanto, hay que tener claro que el llamado que Dios hace al hombre, no solo expresa misión, sino también colaboración a realizar la obra divina en la tierra en orden a la vida eterna, que todo ser humano anhela alcanzar.

Vargas et al., (2007) manifiesta «Con el bautismo que es una llamada de Dios a la santidad, se inicia un proceso de conversión, que es a la vez un proceso de maduración en la fe. Existen caminos o modos diversos de seguir ese proceso» (p.83) Es decir, el sacramento del bautismo que limpia al ser humano y nos abre al amor divino.

En este contexto, debemos comprender que toda persona, y especialmente todo bautismo, tiene una vocación a la que Dios la llama para cumplir su misión. Hay vocaciones dentro de la iglesia que son particularmente importantes que Jesús instituye como sacramentos para servicio del pueblo de Dios y, por tanto, vamos hablar de la vocación del matrimonio, pero también vamos a desarrollar de una manera panorámica el sacramento de sacerdocio.

Por tanto, la llamada a la santidad del bautismo se transforma más adelante en una llamada más concreta: en la vocación al matrimonio o en la vocación al celibato o a la virginidad (sacerdocio o vida consagrada). De esta manera el hombre en el transcurso de su historia opta libremente por uno de estos dos caminos (Vargas et al., 2007).

«La revelación cristiana reconoce dos caminos concretos para la plena realización de la misión humana del amor: el matrimonio y la virginidad. Ambos son, a su manera, la encarnación de las verdades más profundas del hombre, que es la “imagen de Dios”» (FC 11). Dos sacramentos que debemos entenderlo de manera articulada, no podemos pasarnos hablando de uno y descuidando el otro. En la vida de la iglesia son como dos manos que la

sostienen y que la permiten realizar los demás sacramentos que conocemos.

Por tanto, la vocación de la que estamos dialogando se ubica en el contexto de la relación personal con Dios, en la medida en que interviene en la historia humana y crea un diálogo con las personas. Por otro lado, entiende que la invitación es personal e individual, y específicamente le encomiendas una tarea y le pides que la complete. A veces la llamada de Dios se hace de manera extraordinaria, como en la Anunciación de la Virgen María (Wojtyla, 1978).

El hombre debe abrirse a la llamada de Dios, es decir tener un corazón sencillo y humilde para acoger con amor a la vocación que Dios le invita para realizarse como ser humano. Un corazón que acoge con amor, predisposición y humildad; da entender que será una vocación fructífera en la vida de cada individuo y esto expresada en la sociedad, de manera concreta en el ámbito familiar.

El hombre se pone a la escucha de Dios y en esta experiencia con el creador descubre la llamada específica al don de sí, manifestada en la donación o entrega del amor del varón hacia la mujer. Es decir, el matrimonio es uno de los dos caminos: señalados de un modo concreto cómo deben vivir la vocación cristiana iniciada en el bautismo (Wojtyla, 1978).

También, debemos comprender que la vocación ya sea del matrimonio o del celibato o virginidad es un don de Dios fruto de su amor gratuito y generoso, más no un derecho que el ser humano pueda exigir. Un don que el ser humano está llamado a existir a la luz de la fe, esperanza y caridad (Hervada, 2007). En su segunda carta a los Tesalonicenses, el apóstol San Pablo escribe: “Debemos dar gracias a Dios por vosotros, amados hermanos del Señor, porque Dios os ha elegido... llamándoos” (2Tes 2,13-14).

Para Fuentes (2009) «Ambos sacramentos consagran a quien los recibe a una vocación, a una misión, a una tarea en y para la Iglesia, el don de la vida. La diferencia es que el sacerdote sólo da vida espiritual. Los cónyuges tienen una vida física y una vida espiritual (no uno, pero esto requiere la ayuda de un sacerdote), entonces hay una vocación sacerdotal y una vocación marital o conyugal. Hay una misión sacerdotal y una misión conyugal, hay un estado sacerdotal y un estado matrimonial, y en estos dos sacramentos y dos misiones se funda la Iglesia, que es la enseñanza de la Tradición de la Iglesia» (p.29).

Tanto el uno como el otro se necesitan para realizarse como sacramento, el matrimonio no puede existir sin el orden sacerdotal, como el orden sacerdotal no puede existir sin el

matrimonio. Recordemos, que toda vocación sacerdotal sale de una familia y la pareja es bendecida como matrimonio por Dios, pero por intermedio del sacerdote.

Los cónyuges que comparten la vocación del matrimonio deben mostrar gratuidad a ese don (regalo) concedido por Dios. Puede haber dificultades, pero si tenemos como núcleo a quien es el fundamento y quien otorga ese don, los problemas se convertirán en lecciones de la vida para no volver a ser cometidos.

En tal sentido Fuentes (2009) afirma «Cuando marido y mujer reciben el sacramento del matrimonio, actúa sobre ellos el don de la gracia que hace que, en un proceso de maduración, se vayan transformando de los esposos hasta que lleguen a ser “una sola carne”» (p.86). Por tanto, en esta dimensión los cónyuges como imágenes de Dios deben asemejarse día a día más a Jesucristo en sus actitudes, palabras y sentimientos de manera que amen con el amor Dios los amó primero.

Por otro lado, no podemos caer en el error de entender el matrimonio en términos de necesidades arraigadas en el cuerpo y el sexo. El matrimonio es algo grande y trascendente porque es obra de Dios. Por lo tanto, «la vocación no tiene fundamento para la existencia, excepto en el contexto de la vida humana, que es asumir que la elección de la mente de una persona decide controlar su vida y sus acciones» (Wojtyla, 1978 p. 132). Dios llama y el ser humano responde de manera libre y voluntaria, Dios no coacciona la libertad humana.

La experiencia espiritual vivida dentro de la vida matrimonial les permite entender la importancia de recorrer de a dos el camino de la vida. Es decir, dos que reciben una vocación para compartirla y testimoniar con sus vidas el amor desbordante de Dios que tiene con la humanidad y de manera especial con ellos. «La experiencia incrustada en la vida de esta pareja, que se manifiesta en la comunicación recíproca, en el círculo del amor, en la entrega total, en un espacio fértil, en expansión, abierto a los misterios que impregnan la vida cotidiana» (Sánchez et al, 2015 p. 376).

Es una experiencia donde el esposo (a) día a día va descubriendo cosas nuevas de su cónyuge, aunque sabemos que jamás alcanzamos a conocer a una persona, puesto que es un misterio y el único que puede conocerlo en su totalidad es Dios. Por eso, es necesario vivir una espiritualidad donde el matrimonio esté encomendado a Dios y sea el quien acompañe y conceda la gracia de que los cónyuges experimenten la gratuidad de su amor.

El autor Sánchez et al., (2015) afirman «La vida de un cónyuge es una tarea hermosa y

difícil. Con gran satisfacción y alegría, y al mismo tiempo con circunstancias y dificultades que ponen a prueba el amor conyugal. En esta realidad compleja, los esposos cristianos están llamados a seguir a Jesús. El maestro lo invitó a vivir la fe como mujer casada, en familia. Así, para quien se casa en el Señor, la llamada a la santificación se inscribe en la vocación viva del matrimonio en el mundo de hoy, camino de esperanza que conduce al encuentro con la Santísima Trinidad, hecha a su semejanza, como creada» (p. 376).

Los esposos en el caminar de la vida cotidiana experimentan momentos de tristeza, pero es en ese contexto donde experimentan la importancia del otro. El matrimonio atraviesa circunstancias que le permiten fortalecerse en ese encuentro con Dios y en esa misión que desempeñan a diario.

Todo cristiano por el bautismo participa del sacerdocio común, y en este contexto los esposos están llamados a la santificación del mundo. Esto significa que deben ser modelos de cristianos a la luz del evangelio que invita a vivir santamente como el padre celestial.

Pero cómo se puede vivir santamente en un mundo del descarte y materialista, es un reto para los matrimonios en un contexto difícil, donde más se pone el corazón en las cosas que en la propia persona olvidando su valor de la dignidad como hijos de Dios. Por tanto, la iglesia se ve en la obligación de trabajar mucho desde la célula de la sociedad que viene a ser la familia para transformar el contexto social que se vive y lograr un mundo más justo y humano donde el amor nos una en orden a la santidad.

En la limitación de los cónyuges como seres humanos, es el don de Dios que los lleva a la plenificación que transforma sus corazones, permitiéndoles experimentar y vivir en su amor. Es decir, los espacios de vida compartida para construir un mundo mejor se convierten en espacios de salvación. El llamado es personal, pero Dios invita a vivir la vocación de manera compartida donde los esposos se complementan para cumplir la misión que el creador les encomienda. Diariamente, «la vida conyugal pasa por fases de dinamismo, de crisis, a medida que los hijos crecen y sus experiencias cambian con el tiempo» (Sánchez et al., 2015 p. 398-399).

El amor de los esposos que mana del amor divino será quien fortalecerá la vocación. Puede cambiar el contexto, la edad avanza; pero el verdadero amor crece y santifica. Un matrimonio cimentado en el amor de Dios, jamás será vencido por las adversidades o dificultades de la vida, al contrario, estas situaciones serán un medio para estar más cerca de

Dios y reconocer la presencia divina en sus hogares.

Pierre (1987) considera «El amor conyugal debe ser reconocido como reflejo del amor incondicional del Señor. Al revelar a su Hijo cómo amar, Dios revela cuál debe ser el pacto conyugal» (p.42). Es decir, amar como Cristo amó a su iglesia y de manera concreta amar, así como nos amó.

El amor que se manifiesta en el matrimonio es un amor coherente porque se expresa en público, todos son testigos porque es un amor que se sitúa ante la comunidad. Los cónyuges no pueden vivir sin interferir en la sociedad y la sociedad no puede olvidar lo importante que es la familia.

Los cónyuges no pueden mentir a la comunidad, y si lo hicieran estarían mintiendo a ellos mismos. En el matrimonio podrían mentir a la comunidad, pero no a Dios porque él conoce el corazón humano.

Para Hervada (2007). «El hecho de que Dios sea testigo entre un hombre y una mujer es completamente comprensible cuando lo relacionamos con el significado profesional del matrimonio. La relación entre un hombre y una mujer, su amor y el cumplimiento de los deberes conyugales, no es sólo una relación humana, sino también una vocación divina; Dios pide a cada cónyuge un amor recíproco, fidelidad y servicio recíproco; en suma, cumplir las obligaciones del matrimonio, que no es sólo un lazo de justicia y amor entre los esposos, sino también una obligación divina» (p.304).

La alianza entre los esposos es bendecida por Dios, pero depende mucho de las intenciones que llevan en el corazón. No pueden pedir a Dios lo que ellos no entregan. Es decir, el querer compartir la vocación del matrimonio tienen que ser conscientes de que es una entrega total y que se ponen al servicio de Dios y que quieren compartir esa vocación durante toda la vida.

Recordemos que los esposos son enviados de Cristo, es decir que el sacramento de matrimonio está al servicio de Dios y de la comunidad. El servicio les identifica como personas dignas que no se reservan para sí, sino que se ponen a disposición del creador y por ende de la sociedad.

Según Flores (1995). «A través del matrimonio, Dios da al hombre y a la mujer la posibilidad de "ser" plenamente, de vivir en relación con otro ser similar y al mismo tiempo

diferente, con el que pueden realizar una comunión de vida, una existencia común a través de la comprensión recíproca, amor y acción. En la nueva realidad del Reino de Dios predicado por Jesús y difundido por los apóstoles, el matrimonio es visto como una forma de vida que está ligada al trabajo creativo y tiene un significado y exigencias especiales entre los cristianos» (p. 112).

Así, el amor de los esposos debe estar inspirado en el amor divino, que expresa su bondad y misericordia por medio de Jesucristo. Es decir, los esposos tienen que saber perdonarse, pero ser conscientes que no deben volver a cometer cosas que afectan a su relación matrimonial. Por tanto, amar significa perdonar de corazón, olvidar por quien perdona y recordar por el perdonado para no volver a cometerlo.

Por eso estamos llamados a fortalecer el amor de los cónyuges en las dificultades, a fortalecer la comprensión y la cooperación de los cónyuges en la realización de sus proyectos matrimoniales y familiares, ya enriquecerse con la ayuda y el ejemplo de otros cónyuges que comparten la misma creencia en el significado sagrado del matrimonio cristiano» (Flores, 1995 p.210). Es en las circunstancias difíciles donde se descubre con certeza el verdadero amor. Los esposos están llamados a amarse en las tristezas y en las alegrías, en la salud y en la enfermedad, de lo contrario no es amor.

El matrimonio tiene como modelo de vocación a la virgen María y José. La disposición de María fue aceptar el llamado de Dios para ser madre del salvador. Una vocación que a simple vista parece ser algo común y corriente, pero ante Dios es algo extraordinario y es así como María da una nueva imagen a la vocación de madre de todas las mujeres. La vocación de San José fue algo similar, en un contexto difícil; pero que en su humildad y valentía aceptó ser el padre putativo de Jesús. Por tanto, un ejemplo para todos los varones de nuestra sociedad. (Flores,1995).

El Papa Pablo VI expresó «la más alta vocación del hombre a ser padre» (HV, 12) y expresó que el matrimonio es el refinamiento de su vocación cristiana: «Por eso los esposos cristianos son obedientes a su voz. Deben recordar que su vocación cristiana que inició el bautismo, refinó y fortaleció aún más el sacramento del matrimonio» (HV, 25).

Dios mediante el modelo de la sagrada familia, quiere dar a comprender al ser humano la importancia que tienen los esposos como matrimonio en nuestra sociedad. El rol que desempeñan los cónyuges como padres indica la colaboración perfecta con Dios. Y los hijos

deben responder de manera generosa como Jesús lo hizo con José y María.

Vivimos en una sociedad donde el respeto se ha desvirtuado, un contexto donde se tutea a los padres. Un trato que lleva a perder los valores que identifica al ser humano como persona moral. Por tanto, los padres tienen la gran responsabilidad de ser los primeros educadores de sus hijos y de formar ciudadanos de bien. Aunque muchas veces vemos que se limitan los deberes de los padres suplantando las obligaciones de los padres por las del estado que muchas veces desvían al ser humano.

Esto significa que debemos de preocuparnos por formar matrimonios, con buenos principios, valores y sobre todo virtuosos; por eso no cabe duda que debemos destacar las virtudes teologales: fe, esperanza y amor. «El amor en el matrimonio está íntimamente relacionado con virtudes como la castidad, la gratitud y la hospitalidad. Estas imágenes dan forma a nuestros pensamientos y acciones diarias, manteniendo a Dios en el centro de nuestras vidas» (Arquidiócesis de Milwaukee, 2013). Entre los esposos tiene que haber un amor sincero y verdadero, donde cada día se vuelvan a elegir y de esta manera se exprese el beneficio mutuo mediante la elevación de ese amor a Dios.

Entonces, la familia debe tener buenas bases para poder dar una buena formación a sus hijos y si no lo hacen estarían olvidando lo esencial de su misión y vocación. Nadie puede sustituir este deber o tarea. Por tanto, deben ser conscientes para qué han sido llamados.

Como dice la sagrada escritura «cada árbol se conoce por sus frutos» (Lc 6,13) como sabemos un árbol para dar buenos frutos tiene que recibir agua, luz solar, nutrientes. Así mismo un matrimonio necesita de la gracia de Dios, pero también tiene que recibir una buena formación, solo de esta manera darán hijos que contribuyan al bien de la sociedad. Y el resultado de una sociedad dependerá mucho del tipo de matrimonios y familias que se hayan formado.

Flores (1995). «La dimensión social del matrimonio existe en la realidad natural del matrimonio y sus consecuencias para la comunidad. El hecho de que el matrimonio se celebre habitualmente como un acto público demuestra que la sociedad lo reconoce como tal». El ser humano es un ser social por naturaleza, es decir las cónyuges están inmersas en la sociedad formando parte de ella, por tanto, la sociedad les reconoce como verdadero y auténtico que contribuye al contexto donde existe (p.46).

En el matrimonio se expresa la gratuidad y generosidad de Dios con la humanidad, en

el expresa su ternura y hermosura de Dios. Pero si es tan tierno y hermoso por qué los sacerdotes no se casan. Una interrogativa que nos llama a todos llama atención y por tanto vamos a desarrollarlo de manera breve y que permita comprender la importancia de los dos y que ambos son hermosos en la vida de la iglesia y que ambos contribuyen para construcción del reino de Dios en la tierra en orden al reino celestial.

Dios llama al ser humano de manera personal, pero no todos son llamados a la vocación del matrimonio. Con respecto al celibato o virginidad no podemos dudar que también es una vocación ya que Dios es quien hace el llamado para una determinada misión.

En el contexto sobre el tema de la continencia por el reino de los cielos la persona manifiesta convicción de arraigarse a esta vocación que Dios le llama. Jesús en un diálogo con sus discípulos va hablar sobre tres tipos de eunucos en el cual, el tercero indicaría al celibato. Y lo expresa diciendo: «hay eunucos que nacieron así del seno materno, hay eunucos que fueron hechos tales por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el reino de los cielos» (Mt 19,12).

Pablo en su primera Epístola a los Corintios manifiesta que cada quien debe permanecer ante Dios en la condición que ha sido llamado (Cr 7,1-24). Pablo no desprecia el matrimonio, sino que los invita a vivir de manera correcta, pero también resalta la importancia del celibato en cuanto expresa que es una vocación de «trato asiduo con el Señor, y sin distracciones» (Cr 7,35). Es decir, una vocación que permite estar más tiempo con el Señor, pero esto no significa que el orden sacerdotal tenga un valor más alto que el matrimonio, sino como Dice San Pablo el que está casado está pendiente de su cónyuge o tiene que preocuparse por las cosas de su hogar y es a veces esto lo que lleva a descuidarse de las cosas del Señor. Mientras que el célibe trata más de agradar a Dios y en este sentido invita a responder a esta vocación o llamado (cf. Cr 7,32-35).

Arquidiócesis de Milwaukee (2013) «La castidad y la virginidad son reflejos tangibles del amor que sentimos en el cielo, donde no estamos ni casados ni solteros. El amor celestial trasciende la relación exclusiva que corresponde al amor conyugal en la tierra...» (p. 17).

Por tanto, ambas vocaciones son maravillosas por cumplir su misión a la cual Dios les ha llamado. En este contexto, los maridos pueden y deben hablar a sus hijos de los misterios de Dios, pero el papel del sacerdote, como hombre de las cosas de Dios, es conducirlos a las alturas de la santidad. Los maridos deben despertar en los corazones de sus hijos el hambre de

Dios, pero sólo el sacerdote puede alimentarlos con el cuerpo de Cristo, que lo satisface en broma» (Fuentes, 2019). Es decir, ambos van de la mano para cumplir su misión, construir una sola familia ante los ojos del creador y de esta manera contribuir al reino de Dios.

3.2.Lo que significa y realiza el sacramento del matrimonio.

«La relación entre Dios y el hombre encuentra su máxima realización en Cristo Jesús, el esposo que ama y se entrega como salvador de la humanidad, uniendo la humanidad y su cuerpo. Jesús revela la veracidad del matrimonio, la verdad "principal" que libera al hombre del endurecimiento del corazón para que pueda comprenderla plenamente» (Reig, 1993 p.62). Es decir, Cristo es la cabeza y la iglesia su cuerpo y solo en Cristo cobra sentido el matrimonio como sacramento.

Para Reig (1993). «Esta revelación alcanza su plenitud definitiva en el don del amor que el verbo de Dios hace a la humanidad asumiendo la naturaleza humana, en el sacrificio que Jesucristo hace de sí mismo en la cruz por su esposa, la iglesia» (p.62). Por tanto, el Espíritu que obró en el día del bautismo de los que se han donado mutuamente da la capacidad de amarse como Cristo nos amó.

«En los albores de su vida pública, Jesús, a petición de su madre, hace el primer signo de la celebración nupcial (cf. Jn 2, 1-11). La Iglesia consideró muy importante que Jesús asistiera a las bodas de Caná. Ve en él una confirmación de la belleza del matrimonio y una revelación de que a partir de ahora el matrimonio será un signo válido de la presencia de Cristo» (CIC, 1.613). Por tanto, con la realización del primer milagro de Jesús en las bodas de Caná evidenciamos el signo de presencia eficaz y a la vez el signo de elevación al sacramento.

En su enseñanza Jesús señaló el significado original del matrimonio, diciendo: «Lo que Dios unió, no lo separe el hombre». (Mt 19, 6). Por tanto, para el cristiano, la unión entre el matrimonio como institución natural y el sacramento es perfecta.

Según Flores (1995). «El sacramento del matrimonio, como los demás sacramentos, celebra y realiza el "misterio" de la Iglesia en el momento y en la situación singular de la vida humana. Cuando las parejas cristianas se sienten llamadas a unirse en matrimonio, a "hacerse una sola carne" para cumplir el plan de Dios de crear al hombre y a la mujer, se convierten en signo de la unión que existe entre Cristo y su esposa, la Iglesia. Cuando los cónyuges se convierten en "una sola carne" para cumplir los planes de Dios como miembros bautizados de la Iglesia, adquieren un nuevo espacio en la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. La

Iglesia considera su unión en el amor como un signo que revela el matrimonio entre Cristo y la Iglesia y como un instrumento de santidad» (p.179).

Por tanto, los bautizados al unirse en el matrimonio comparten la misma vocación, se complementan para la realización del proyecto divino. A la luz del modelo Cristo y la iglesia están llamados para amarse incondicionalmente. Los conyugues deben manifestar el reflejo del amor divino.

Como cristianos, sabemos que todo sacramento es un signo, un signo tangible de la gracia y, más en general, un acto redentor de Cristo. Así que el matrimonio también es una señal. Así, los sacramentos tienen su raíz en el hecho de que Cristo instituyó el matrimonio como signo de su unión con la Iglesia. No el signo de la Santísima Trinidad, como a veces se escucha o se escribe, sino el misterio de Cristo y de su Iglesia (Hervada, 2007).

Así es como, Cendoya (2013). Menciona «El matrimonio es una sabia institución del Creador para cumplir su designio de amor humano. Por él, los esposos se perfeccionan y crecen mutuamente y cooperan con Dios en el nacimiento de nuevas vidas». Es decir, el matrimonio ha sido pensado por Dios desde el primer momento, en cuánto manifiesta la creación del varón y de la mujer indicando que el matrimonio es monógamo y excluyendo otros tipos de concepción errada por parte de la desviación del ser humano.

Recordemos que el sacramento del matrimonio no es un simple querer del ser humano o por lo que se siente inclinado hacia la otra persona busca unirse para convivir juntos, sino como sacramento de la nueva alianza, el matrimonio es por institución divina y las leyes que rigen el matrimonio no pueden ser cambiadas arbitrariamente por el hombre, en este sentido los seres humanos tienen que responder a la invitación de dicho llamando respetando el designio de Dios.

Esto significa que el matrimonio como sacramento es un acto de Cristo. Un signo que significa y causa la gracia, es decir, no sólo anuncia la gracia, sino que la produce, para que los que se casan sean verdadera y verdaderamente santificados. Es una actualización real y verdadera, no sólo figurativa de la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia sino es un signo eficaz de la figura de Cristo que participa la gracia (cf CEC 1617).

El matrimonio instituido por Cristo no puede ser modificado por los seres humanos, ni destruido por la misma pareja humana, puesto que goza de una significación intrínseca en orden a su constitución y estructura, producto de ese signo eficaz de la unión de Cristo con la iglesia.

En su encíclica *Humane Vitae*, Pablo VI trata muy bien los elementos importantes del matrimonio: donación personal recíproca "abierta a la cooperación con la obra creadora de Dios", conexión interpersonal, curación mutua, cooperación con Dios en el nacimiento y educación de nuevas criaturas (Hernández, 1998).

Por otro lado, Juan Pablo II dice: "El lugar del matrimonio no es una intervención excesiva de personas o de poder, no es una instalación de una estructura, sino una exigencia interna del contrato de amor matrimonial, que se confirma claramente como especial y exclusivo, para que una persona sea completamente fiel a los designios de Dios Creador» (FC 11).

En su carta a los Efesios, el apóstol san Pablo nos invita a considerar el matrimonio a la luz del "gran misterio" de Cristo Jesús y de la unión de la iglesia. Basado en la relación especial que existe entre Cristo y la iglesia casada, lo expresa así:

«Someteos los unos a los otros en el temor de Cristo. Las mujeres a sus maridos como al Señor, porque el marido es la cabeza de la mujer, así como Cristo es la cabeza de la iglesia, el salvador del cuerpo. Así como la iglesia se somete a Cristo, las esposas deben someterse a sus esposos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo para santificarla, purificando con la palabra con el baño de agua y haciéndola resplandecer para sí, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e intachable. Así un hombre ama a una mujer como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás su propio cuerpo, al contrario, lo alimentó y lo cuidó con amor, así como Cristo hizo con la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. Así deja el hombre a sus padres y se une a su mujer para ser una sola carne. Es un gran misterio, y digo que tiene que ver con Cristo y la Iglesia. De todos modos, tú también, que todo hombre ame a su esposa y una mujer que respeta a un hombre» (Ef 5,21-33).

El apóstol San Pablo habla de iglesia como sacramento. En consecuencia, el matrimonio es sacramento. Este texto muy hermoso describe esa relación de amor de Cristo y la Iglesia y en modelo de relación manifiesta como debe funcionar los matrimonios. De ninguna manera está diciendo que el varón tenga más valor que la mujer, sino que ambos se realicen en amor como hijos de Dios.

Así mismo, debemos de tener claro que en esa unión de amor en el matrimonio se da unas notas características, que son las siguientes: «libertad, exclusividad, indisolubilidad,

totalidad, fecundidad» (Fernández, 2014). Notas que llevan a una realización plena del matrimonio en orden a una plena felicidad.

Sin duda, el matrimonio tiene origen divino realizado en la humanidad y esto nos lleva a recordar la alianza nupcial con su pueblo de Israel y confirmada por la nueva alianza realizada por medio de su hijo que lleva a la plenitud de la humanidad salvada por amor. De esta manera el matrimonio destaca su importancia en la boda de caná, como ya lo indicamos antes y que en adelante el matrimonio manifestara «un símbolo poderoso de la figura de Cristo» (CCE 1612-1613).

Por tanto, por el sacramento del matrimonio los esposos pasan a ser signo eficaz del “gran misterio” de la unidad de Cristo esposo y la iglesia esposa. Es decir, el matrimonio entre bautizados tiene como modelo o referencia del amor de Cristo por la iglesia. Desde esta perspectiva que la espiritualidad y moral del matrimonio cristiano como ya se indicaba antes En la carta a los Efesios San Pablo habla de la moralidad del hombre cristiano, refiriéndose a Cristo, el hombre de la iglesia, y de la moralidad o conducta de la mujer, la expresa refiriéndose a la actitud de la iglesia (Fernández, 2014).

Es así, en esa visión a la historia de la humanidad descubrimos que Dios realiza una alianza con el hombre y esta alianza se ve resaltada de manera particular en la pareja de esposos fruto del matrimonio como sacramento. En su predicación, Jesús señaló el significado original de que el matrimonio entre un hombre y una mujer es indisoluble: Dios mismo lo estableció: «Lo que Dios unió, no lo separe el hombre» (Mt 19,6).

Fernández (2014). «El sacramento del matrimonio garantiza a los cónyuges las gracias necesarias para vivir en la profundidad del misterio. Por tanto, el sacramento tiene una función santificadora para los cónyuges y a través de ellos los hijos y la sociedad. La gracia del sacramento no santifica a ningún cónyuge por separado, es la gracia que santifica el matrimonio; es la gracia que eleva el matrimonio a sacramento y lo convierte así en signo del amor conyugal de Cristo» (p. 8)

Por tanto, la gracia eficaz, derramada en el matrimonio como comunidad de vida y de amor, permite a los cónyuges vivir en unidad indisoluble a lo largo de la vida, vivir fielmente el uno al otro y ser fecundos en una auténtica responsabilidad parental que refleja y revela la imagen del hombre, la vida, Cristo y la Iglesia.

Asimismo, la gracia no se limita al momento en que los cónyuges sellan su amor frente

al altar, sino que permanece a lo largo de su camino de vida o vida conyugal y familiar, fortaleciéndose en las diferentes situaciones o momentos que viven como cónyuges.

Luego «la potestad del sacramento significa que los cónyuges reciben por el sacramento la gracia suficiente para vivir el amor del esposo de Cristo a la Iglesia. La gracia del sacramento les permite vivir un amor recíproco, fiel, exclusivo, fecundo» (Fernández, 2014). Hoy en siglo XXI como cristianos uno está llamado a vivir de manera más auténtica, responsable y comprometida con la vocación matrimonial, viviéndola en plenitud y no como una carga que ata y afecta a la integridad como persona.

En tal sentido, Hervada (2007). manifiesta «Así como el hombre, el Hijo de Dios, es naturaleza y gracia; el matrimonio sacramental es una realidad natural enriquecida con una dimensión sobrenatural. Pero sin confundir naturaleza y gracia, lo sobrenatural prevé, acumula, completa, exalta y mejora la naturaleza. Por los sacramentos, el matrimonio recibe la gracia de Cristo, adquiere una dimensión cristiana y divina, lo enriquece y mejora significativamente, lo hace digno y suficiente para una persona bendecida por la gracia salvadora» (p.67).

Así mismo, la relación que hay entre Dios y la humanidad es una relación de amor y Cristo es nuestro modelo de amor hasta el extremo de la cruz, esto nos debe inclinar a seguir en nuestra vida cotidiana. Es decir, Cristo nos enseñó a amar y nos dice: «Amaos los unos a los otros como yo os amado». Estas mismas actitudes de Cristo se deben manifestar en los esposos cristianos porque están inmersos en el amor divino y beben en el corazón de Dios (Reig, 1993 p.70)

Por tanto, el sacramento del matrimonio es fuente y medio original de la santificación de los cónyuges y de la familia cristiana, que presupone y define la gracia santificante del bautismo. El amor conyugal, fruto del misterio de la muerte y resurrección de Cristo, se purifica y santifica en sus dimensiones.

Y por otra, parte debemos comprender que todo cristiano es llamado a la vocación universal de la santidad, de manera especial los cónyuges como matrimonio y padres de familia (cf. FC 56).

En este sentido los esposos están llamados a vivir con autenticidad su vida matrimonial y de esta manera desvelar el rostro amoroso de Dios, animando y capacitando a otras parejas para que sean ejemplos y manifestación de Dios para el mundo.

Sicare (1990). «Amar sacramentalmente quiere decir, por tanto, mantener el amor, único y precioso, dentro de la profunda certeza y experiencia de un amor más grande: convertirlo en una especie de continuada “encarnación”». (p.51-52) Es decir, decir no se reduce a un mero signo, sino que amar sacramentalmente produce efectos gratificantes en la vida conyugal fruto de la gracia santificante del amor de Dios.

Si nos centramos en los efectos del matrimonio como sacramento, se pueden enumerar de la siguiente manera: «provoca ex opere operis el engrandecimiento de la divina gracia, da una gracia sacramental especial y forma lazo como título exigente de gracia». Es decir, los cónyuges en el momento que pactan su amor ante el altar contrayendo matrimonio sacramental: participan de la gracia ordinaria que ya tienen, reciben una gracia especial y conyugal que se ajusta al modelo de la unión entre Cristo y la Iglesia, que los hace aptos para cumplir sus deberes conyugales como cristiano y dignifica su amor, que es fruto del amor recíproco del don perfecto de los esposos, que Dios promete su fidelidad y la de ellos a lo largo de toda su existencia. (Hervada, 2007 p 269-270)

La XXIV (1563) sesión del Concilio de Trento enfatiza que el matrimonio como sacramento es un acto de Cristo. Un signo que significa y causa la gracia, es decir, no sólo anuncia la gracia, sino que la produce: en efecto, los esposos son santificados. Destaca también las cualidades del matrimonio: unidad e inseparabilidad, que necesitan de la gracia para su propia vivencia. Por tanto, el sacramento del matrimonio confiere esta gracia «La sacramentalidad del matrimonio se contempla desde dos puntos de vista: Trento: la actividad tiene como finalidad sanar, fortalecer y elevar el amor de los esposos, para brindarles la ayuda necesaria. Concilio Vaticano II: Sin excluir lo anterior, se parte de la idea de que Cristo sale al encuentro de los esposos para acoger el amor conyugal del amor conyugal de Cristo por la Iglesia» (Hernández, 1998).

El Sacramento del matrimonio no debe mirarse de manera aislada de los demás sacramentos que sostienen toda la vida eclesial, sino más bien de manera articulada con los demás sacramentos. En este aspecto tener siempre presente en la vida matrimonial el sacramento del perdón, pero de manera particular el sacramento de la eucaristía que viene a ser la fuente del cual se nutren los cónyuges como matrimonio cristiano.

Según la exhortación familiaris consortio «El deber de santificar a la familia cristiana tiene sus raíces en el bautismo y su máxima expresión en la Eucaristía, con la que el matrimonio cristiano está íntimamente relacionado. El Concilio Vaticano II quiso subrayar la especial

relación entre la Eucaristía y el matrimonio e insistió en que la consagración se celebre "dentro de la Misa". Redescubrir y profundizar esta relación es absolutamente necesario si se quiere comprender y vivir más intensamente la gracia y los deberes del matrimonio y de la familia cristiana» (FC 57).

CONCLUSIONES

Después de haber profundizado sobre el matrimonio, signo del amor de Dios. Presentamos las conclusiones de cada capítulo desarrollado.

Desde el primer capítulo: *creados por amor y para amar*, partimos desde el contexto de las sagradas escrituras:

El Génesis expresa que fruto de la palabra designadora de Dios, la pareja humana: varón y mujer, han sido creados a imagen y semejanza de Dios para vivir en comunión, teniendo como modelo originario el misterio de la santísima trinidad. Así mismo, gozan de una igualdad en su dignidad y una diferencia en su ser masculino y en su ser femenino, el cual están llamados a complementarse y compenetrarse para ser colaboradores del plan divino que, fruto del amor procrean nuevas vidas. La creación alcanza su perfección última con la realidad de la pareja. Quienes viven y expresan el acto propio y exclusivo en esa mutua y libre donación como signo del amor que invade esa relación de Pareja.

Es así, el sacramento de matrimonio es la alianza del Varón y de la mujer que fruto del amor divino se dan ese mutuo consentimiento libre y voluntario, uniendo para siempre dos caminos distintos que en adelante escribirán una historia de amor con el pincel de la vida y el tinte del amor divino que sostiene y da frutos en ese amor conyugal. Por tanto, La ley humana no cambia la naturaleza, el matrimonio es varón y mujer, lo fue, lo es y siempre lo será.

En el Cantar de los Cantares podemos captar esa reciprocidad y exclusividad de amor. A través de metáforas nos permite comprender esa cercanía de Yahvé con Israel. Es decir, el lenguaje propio de la relación conyugal, permite ver esa ternura de Dios con la humanidad, en cuanto permanece fiel, a pesar de las infidelidades de Israel. Por tanto, reflejo de esta imagen de Dios con la humanidad, en el matrimonio debe vivirse esa entrega total como expresión máxima del amor que fortalece en las diferentes circunstancias de la vida, transforma y da frutos.

Los cónyuges deben vivir unidos entre sí, expresando un amor total, fiel y fecundo; reflejo del amor divino que los une. En este sentido, recordemos que nuestra primera vocación es y debe ser siempre el amor. La alianza conyugal se da por amor, constituyendo un consorcio para toda la vida. Un compromiso que brota del corazón, sabiendo que goza de derecho, deberes y siendo consciente que está abierto a dar frutos en bien de la sociedad. Por tanto, la

alianza conyugal se da gracias al amor, puesto que la unidad, la reciprocidad y la mutua correspondencia se basa en él.

El amor en el contexto de la comunidad conyugal es la base y alimento para la construcción de un matrimonio fructífero. En este sentido, a través de diferentes gestos y manifestaciones de ese motor los cónyuges van solidificando su vida matrimonial.

Por tanto, el amor en un primer instante se manifiesta en la dimensión de eros, pero este amor necesita ser purificado y madurar. En este sentido, se habla de un amor que deja de ser egoísta porque se abre al amor divino que permite un descubrimiento; preocuparse y ocuparse de la otra persona, es decir salir de uno mismo para amar y ser amado. Solo así podemos hablar del ágape, un amor recíproco que trasciende y permite la realización de los cónyuges.

Un amor que conoce a profundidad el ser de la otra persona, un amor que sabe perdonar, y el perdonado reflexiona para no volver a traicionar. Por tanto, el amor nunca se da por concluido, sino que debe ser cultivado siempre y si queremos familias ideales, primero se tiene que formar matrimonios sólidos, para la construcción de una buena sociedad.

En el segundo capítulo: *el amor viene de Dios*, se llega a las siguientes conclusiones:

El amor siempre busca el bien del ser amado, es amor caritas y no egoísta. Por tanto, el amor está orientado hacia un fin común, que viene hacer la felicidad de los cónyuges y en esa mutua realización, descubren ese amor trascendental que invade esa historia de vida conyugal, y que fueron creados por amor, para amar y transmitir vidas, es decir un amor que fruto de la gracia divina, es fecundo y crea más amor.

Por tanto, el verdadero amor, concede esa capacidad a los cónyuges de elegirse cada día, desvelando el rostro de Dios, capacitado y animado a otros a que también sean revelación de Dios en medio de una sociedad que muchas veces tergiversa o distorsiona el verdadero significado y sentido del matrimonio.

La primera carta a los Corintios expresa que el amor es paciente, servicial que todo lo puede (cf. 1 Cor 13 ,4-7), pero a la vez es exigente, tanto para el que lo da como para quien lo recibe. Es decir, exige reciprocidad y dentro de ella otros elementos que son indispensables y necesarios para un buen matrimonio en orden a una familia ideal, donde la vida comienza y el amor nunca termina.

Es necesario recordar siempre que, las exigencias del matrimonio son mutuas, exigir recibir todo, pero a la vez dar todo de sí mismo. En este sentido estamos hablando de la donación total del uno para el otro; la exigencia de vivir la fidelidad e indisolubilidad, la castidad y la fecundidad.

Y la iglesia tiene la responsabilidad, exigencia de preparar y acompañar a las parejas, viendo en ellos si verdaderamente existe amor, decisión y responsabilidad de estos para una vida compartida que viene a ser el matrimonio. En tal sentido podrá decir, que está cumpliendo su rol de madre y que es consciente de que estos matrimonios cumplirán con las exigencias, siendo modelos de la imagen de Dios.

Cumpliendo con estas exigencias por amor y no por obligación, serán conscientes que aman con el mismo amor de Dios. Es decir, te amas a ti mismo, desde esta dimensión amas al más cercano que en este contexto sería tu cónyuge. Por tanto, el amor es sagrado y no se debe profanar, el matrimonio es ese ámbito de encuentro de los cónyuges donde manifiestan su amor mutuo que, en esa reciprocidad elevan a Dios lo más sagrado de sus vidas.

El verdadero amor no se reduce a un ámbito de dos, sino que trasciende a la totalidad de los demás seres. El amor no es egoísta, por tanto, irradia calor humano en cuanto se abre y acoge a los demás seres desde una órbita solidaria.

El amor evoluciona desde el primer encuentro de pareja, durante las etapas prematrimoniales, la vida conyugal; permitiendo reconocer el valor de uno mismo y de la otra persona, es decir permite reconocer quienes son y qué pueden ofrecer. Entonces, el amor en el matrimonio tiene que ser cultivado para evolucionar y dar frutos.

El matrimonio tiene que ser fruto del movimiento espontáneo y reflexivo (raciocinio o juicio de razón) para ser más perfecto, pero recordemos que la voluntad es quien impulsa a estos dos movimientos. En este sentido, el éxito o fracaso depende mucho de la decisión de la voluntad y de la capacidad de superar las diferentes dificultades que se presentan en el camino de la vida.

El apóstol San Pablo manifiesta en su primera carta a los Corintios: el hombre puede hacer muchas cosas, pero si no tiene amor de nada sirve. Por tanto, el amor lo es todo para todos. Así mismo en su himno de la caridad describe muy bien las características del amor que permite comprender su verdadero significado, valor y sentido; invitando a vivir ese amor ágape

y oblativo que debe expresarse con alegría y belleza, convirtiendo cada faceta de relación conyugal en una verdadera felicidad y comprensión.

El bien común de la unión matrimonio se define por las palabras de consentimiento que fruto del verdadero amor trasciende desde ese ámbito interno hacia el exterior. En este sentido, los esposos ante el altar expresan en su libre voluntad y disposición de amarse durante la vida (indisolubilidad), mutua fidelidad y estar abiertos a nuevas vidas y a la educación de éstos. Y, por tanto, pactan su amor y responsabilidad a través de unión sexual.

En el tercer capítulo: *matrimonio como vocación*, se llegan a las siguientes conclusiones:

Partimos desde un contexto donde ambos cónyuges comparten la misma vocación y que están en orden a la santidad. Por tanto, ambos son llamados o invitados para cumplir una determinada misión llevándola a un cumplimiento, de manera, consciente, libre, voluntaria y responsable.

A través del bautismo Dios llama a todos a la santidad, esta llamada se transforma más adelante en una vocación más concreta, que en el ámbito de la iglesia hablamos de dos vocaciones: el sacerdocio o vida consagrada y la vocación del matrimonio.

Dos vocaciones que en la vida de la iglesia van de la mano para poder comprenderse y realizarse como sacramento; el matrimonio no puede existir sin el orden sacerdotal, como el orden sacerdotal no puede existir sin el matrimonio. Recordemos, toda vocación sacerdotal sale de una familia y la pareja conyugal es bendecida como matrimonio por Dios, pero por intermedio del sacerdote. Por tanto, el sacerdocio se ha desarrollado de manera panorámica; pero el matrimonio se ha investigado más a profundidad por ser núcleo principal de dicho trabajo.

Los cónyuges al contraer matrimonio, reciben la gracia que acompaña y fortalece durante su vida matrimonial. Por tanto, los esposos tienen que ser espacios de vida y salvación que tienen como base al amor de Dios, que en la vida conyugal crece y santifica.

En el sacramento del matrimonio, los ministros vienen a ser los esposos, por tanto, estos están al servicio de Dios y de la comunidad. Así mismo, recordar que los esposos tienen como

modelo de Vocación a la sagrada familia: la virgen María y a San José¹.

La figura de Jesús en las bodas de Caná y su acción expresa la aprobación de la bondad del matrimonio, será en adelante signo válido de la presencia de Cristo y, al mismo tiempo, signo de su ascensión al sacramento.

El sacramento del matrimonio simboliza y realiza el "misterio" de la Iglesia en un momento determinado de la vida de una persona y en una situación única. Asimismo, podemos confirmar el origen de los sacramentos por el significado, porque el matrimonio fue instituido por Cristo como signo de su unión con la Iglesia.

Por tanto, el sacramento del matrimonio es fuente y medio original de santificación para los cónyuges y la familia cristiana, que presupone y especifica la gracia santificadora del bautismo y encontrando su máxima expresión en la Eucaristía.

Amar significa buscar la santidad de tu complemento a través de la oración y el testimonio, siendo felices a pesar de pensar distinto, incluso en las adversidades, teniendo la mirada firme en Dios que realiza y solidifica ese amor matrimonial.

En síntesis, saber que hay que, casarse siendo feliz, para hacer feliz a la otra persona, más no pensar que se casan para recién ser felices. En el misterio del matrimonio, descubrir cómo Dios manifiesta su amor y cómo ese amor se dilata o se extiende desde el interior de esta unidad hacia el exterior, empezando por la familia y desde este contexto a los diferentes lugares donde uno se desenvuelve, es decir, hacía la sociedad siendo manifestación del amor de Dios que desea que todos lleguemos alcanzar la santidad.

¹ La familiaris Consortio (n° 1, n° 33, n° 46) anima a poder ejercer el acompañamiento pastoral con los esposos quienes deben tener una paternidad y maternidad responsable.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

- Bañares, J. y Miras, J. (2011). *Matrimonio y familia*, Logos.
- Cabodevilla, J. (1960). *Hombre y mujer: Estudio sobre el Matrimonio y el Amor Humano* (IV Ed).
- Chalmeta, G. (2007). *Ética Social. Familia, profesión y ciudadanía* (3° ed.).
- Flores, G. (1995). *Matrimonio y Familia*, Biblioteca de Autores Cristianos.
- Fuentes, A. (2009). *Matrimonio cristiano. Natalidad y Anticoncepción*, A 40 años de la Humanae vitae. Un homenaje al amor conyugal, Verbo Encarnado.
- Goff, G. (2003). *Biblioteca Mundo Hispano Ministerio Pastoral, el Matrimonio y la Familia en la Vida Cristiana*, Mundo Hispano.
- Granados, J. (2013). *una sola carne en un solo espíritu*, Palabra.
- Guillem, V. (2012). *La ley del Amor. Las Leyes Espirituales II*.
- Hervada, J. (2017). *Diálogos sobre el Amor y el Matrimonio*, (IV ed.), EUNSA.
- Larrebe, J. (1986). *El Matrimonio Cristiano y la Familia* (2da ed.), Editorial Católica, Madrid.
- Lopez, T. (1994). *Varón y Mujer los Creó, Comentarios y texto de la Carta «Cartas a las familias» de Juan Pablo II, Y «Carta de los Derechos de la Familia*, EDICEP.
- Pierre, J. (1987). *Para vivir el Matrimonio*, Verbo Divino.
- Reig Pla, J. (1993). *Familias Cristianas para una Nueva Evangelización*, Edicep.
- Sarmiento, A. (2007). *Matrimonio Cristiano*, EUNSA.
- Sicare, A. (1990). *Breve Catequesis sobre el Matrimonio*, Jaca book.
- Vargas, A. Antigua, M. y Gonzales, T. (2007). *Iniciación Cristiana y vocación al matrimonio*, Edicep.
- Wojtyla, K. (1978). *Amor y Responsabilidad. Estudio de Moral Sexual* (3° ed.), Razón y Fe.

Documentos del magisterio de la Iglesia

CCE, *Conferencia Episcopal Peruana*, Paulinas, Perú, 2013.

Documento del Vaticano, (1972). *Constituciones. Decretos. Declaraciones Gaudium et spes* (19 ed.), católica, Madrid.

Francisco, J. (2016) *Extort*, ap. *Amoris Laetitia*. Paulinas.

Pablo VI, (1968). *Humanae Vitae*, Encíclica n° 7.

Benedicto XVI, (2006). *Deus Caritas Est. Sobre el Amor Cristiano* (Carta encíclica), Paulinas.

Juan Pablo II, (1981). *Exhort*, ap. *Familiaris Consortio*.

VV. AA, (2007). *Código de Derecho Canónico* (7ª edición anotada), Instituto Martín de Azpilcueta.

Sagradas Escrituras

BIBLIA DE JERUSALÉN (4ta ed.), Desclée de Bower, Bilbao, 2009.

Artículos

Sánchez, A. y Sierra, Á. (2015). *El Matrimonio. Ámbito salvífico para la pareja y la familia*. Franciscanum 163, Vol. LVII: 361-416.

Internet

Cendoya, C. (2013). *Sacramento del Matrimonio*, en: <http://famiyayvidajerez.org/prematrimoniales/SACRAMENTO%20DEL%20MATRIMONIO.pdf>.

CONFERENCIA DE OBISPOS CATÓLICOS DE ESTADOS UNIDOS, (2006). *El amor matrimonial y el don de la vida*, en: <https://www.usccb.org/upload/amor-matrimonial-don-de-la-vida-espanol.pdf> 17/08/20.

Fernández, R. (2014). *El Sacramento del Matrimonio*, en: http://documentos.redschoenstatt.org/documentos/site/artic/20140912/asocfile/20140912174148/el_sacramento_del_matrimonio_3__p__rafael_fernandez.pdf

- Hernández, R. (1998). *EL Sacramento del Matrimonio*, https://hectorucsar.files.wordpress.com/2012/12/sacramento_del_matrimonio.pdf
- Juan Pablo II, (1979). *Teología del cuerpo. Visión del Papa Juan Pablo II sobre el amor humano*, en: http://www.ofschile.cl/descargas/Teologia_del_Cuerpo.pdf.
- Peña, A. (2009) *Matrimonios Felices*, en: http://www.ecatolico.com/librospap/23_matrimonios_felices_padre_angel_pena_libro_catolico.htm
- Rodríguez, A. (1974). *Filosofía del Amor en "el Cantar de los Cantares"*, MEAH sección hebreo, 23, 13-32. en: <https://digibug.ugr.es/flexpaper/handle/10481/73970/13171-Texto%20del%20articulo-.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Scherrer, S. (2006). *Un Comentario Meditativo sobre el Cantar de los Cantares*. https://kipdf.com/un-comentario-meditativo-sobre-el-cantar-de-los-cantares_5ae9c0587f8b9a26848b45d8.html
- La Arquidiócesis de Milwaukee (2013). *En unión perfecta: viviendo el sacramento del matrimonio*. <https://www.archmil.org/JohnPaulIICenter/NazarethProject/EngagedEnrichment1/EnUnionPerfecta2013Web.pdf>